

Escripta

**PRECEDENTES DEL PROGRAMA AGRÍCOLA
MÉXICO (1943-1965). LOS PRELIMINARES
DE LA TRANSFORMACIÓN AGRÍCOLA GLOBAL**

**PRECEDENTS OF THE MEXICO AGRICULTURAL
PROGRAM (1943-1965). THE PRELIMINARIES
OF GLOBAL AGRICULTURAL TRANSFORMATION**

Francisco Javier Serrano-Bosquet

orcid.org/0000-0003-3929-4141

Abad Enríquez-Rodríguez

orcid.org/0000-0003-0275-8213

Recepción: 29 de junio de 2024

Aceptación: 3 de septiembre de 2024

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

PRECEDENTES DEL PROGRAMA AGRÍCOLA MÉXICO (1943-1965). LOS PRELIMINARES DE LA TRANSFORMACIÓN AGRÍCOLA GLOBAL

PRECEDENTS OF THE MEXICO AGRICULTURAL PROGRAM (1943-1965). THE PRELIMINARIES OF GLOBAL AGRICULTURAL TRANSFORMATION

Francisco Javier Serrano-Bosquet¹
Abad Enríquez-Rodríguez²

Resumen

México vivió a finales del siglo XIX e inicios del XX un proceso de modernización que incluyó el ámbito agrícola. Entre los esfuerzos gubernamentales y privados llevados a cabo cabe destacar el *Programa Agrícola México*. Un proyecto que fue punto de inflexión en la agricultura mexicana y en el proyecto de exportación global del modelo agrícola estadounidense. A partir de fuentes primarias y estudios bibliográficos, reconstruimos la imagen que políticos estadounidenses y miembros de la Fundación Rockefeller tenían del estado de la agricultura mexicana, su situación política y social y cómo influyó en el desarrollo de un programa de ayuda al desarrollo de la agricultura mexicana.

Palabras clave: Agricultura científica, Fundación Rockefeller, Programa Agrícola México, Segunda Guerra Mundial, Henry A. Wallace.

Abstract

Mexico underwent a modernization process in the late 19th and early 20th centuries, which extended to the agricultural sector. Among the various governmental and private initiatives, the Mexico Agricultural Program stands out as a pivotal moment in Mexican agriculture and in the broader effort to export the American agricultural model globally. Drawing on primary sources

¹ Tecnológico de Monterrey, México. Correo. fjaviersestano@tec.mx

² Tecnológico de Monterrey, México. Correo. abad.enriquez@gmail.com

and bibliographic studies, we reconstruct the perceptions held by American politicians and members of the Rockefeller Foundation regarding the state of Mexican agriculture, its political and social context, and the ways in which these views shaped the development of a program aimed at fostering agricultural advancement in Mexico.

Keywords: Scientific agriculture, Rockefeller Foundation, Mexico Agricultural Programme, World War II, Henry A. Wallace.

Introducción

A la par de lo acaecido en los más importantes países europeos y los Estados Unidos, en México se dio durante el siglo XIX un proceso de modernización que incluyó, como uno de los ámbitos de actuación más importantes, la constitución y puesta en marcha de una agricultura científica. Los inicios fueron complicados y, si bien el paradigma positivista fue el que dominó los inicios de tal modernización, la forma de entenderlo y de desarrollar dichos programas sufrió cambios considerables a lo largo del siglo. Durante las primeras décadas de la siguiente centuria no se dieron grandes cambios en ese sentido. Las contiendas entre paradigmas y cosmovisiones científicas diferentes, basadas en criterios y presuposiciones distintas sobre la sociedad y el quehacer científico, dieron lugar a propuestas y proyectos de modernización de la actividad agrícola muy desiguales. Propuestas y, por consiguiente, criterios y prejuicios iniciales que fueron, a su vez, variando al tiempo marcado por los acontecimientos políticos y económicos que acaecían.

En ese sentido, no podemos ignorar cómo la revolución, los vaivenes postrevolucionarios, el Crac de 1929 y otros factores tanto internos como externos, sin ignorar factores climatológicos, afectaron a la sociedad en general y el desarrollo de la agricultura en particular. Ejemplo de ello lo tenemos en los datos macroeconómicos. Si bien la agricultura contribuía en la década de 1930 con un 28.5 % al Producto Interno Bruto, y absorbía el 60 % de la fuerza laboral (Lerner, 1976), era por entonces la rama de la producción con el menor producto per cápita. Mientras que en la minería era de \$4996 y en la industria

de la transformación de \$ 2851, en la agricultura era tan sólo de \$199 (Lerner, 1976, p. 191). Al difícil contexto político y económico generalizado, la mano de obra agrícola estaba principalmente dedicada a la subsistencia o al trabajo en grandes haciendas cuya oligarquía terrateniente no contaba con grandes capacidades financieras o técnicas. Bajo la óptica de la rentabilidad, la agricultura era de las actividades menos promisorias. A todo ello, debe agregarse que la reforma agraria contrajo la producción agrícola entre 1934 y 1938 (Madow, 1970, p. 939). Y, aunque en 1939 aumentó el volumen producido (Bassols, 1971), la situación del campo mexicano seguía siendo precaria.

El gobierno estadounidense no veía con indiferencia esta situación. Máxime, cuando esta era, en buena medida, una de las principales razones por las que la alianza de las fuerzas totalitarias con el conservadurismo mexicano, representada en las elecciones presidenciales de 1940 por el movimiento de J.A. Almazán, estaba adquiriendo gran fuerza. Una corriente en el que la participación de figuras cercanas al fascismo alemán ponía en serio riesgo —según fuentes estadounidenses— a los EE. UU. a mediados de la Segunda Guerra Mundial.

Pero, no era sólo el miedo al fascismo lo que movía a los estadounidenses a interesarse por el campo mexicano. Desde décadas atrás, estancias tanto públicas como privadas de un lado y otro de la frontera habían colaborado en programas de apoyo y desarrollo agrícola. Ninguno, desde luego, había tenido la dimensión e influencia que tendría en las décadas de 1940 y 1950 el Programa Agrícola México. Un proyecto que fungió —tal y como en el título se anuncia— como una de las principales lanzaderas de la transformación global que vivió la agricultura durante el siglo xx.

Si bien estudios clásicos como los de D. Fitzgerald (1986), J. Cotter (2003) y S. Ortoll (2003), entre otros, han abordado la exportación del modelo agrícola norteamericano, en nuestro caso profundizamos en tres aspectos clave a partir de fuentes primarias inéditas³ y estudios bibliográficos relacionados: (a) la percepción que tanto el gobierno estadounidense como diversas iniciativas

³ Las fuentes primarias utilizadas en este estudio incluyen documentos originales del *Rockefeller Archive Center*, así como materiales accesibles electrónicamente de *Illinois Digital Newspaper Collection*, *Iowa Digital Library* y *Library of Congress*. Durante nuestra estancia en el *Rockefeller Archive Center*, realizamos una revisión documental exhaustiva, mientras que los archivos

filantrópicas vinculadas a la Fundación Rockefeller tenían sobre el contexto agrícola mexicano y la situación política y social del país a finales de la década de 1930 y principios de 1940; (b) los primeros pasos en el diseño y construcción de un proyecto de desarrollo y asistencia agrícola en México; y (c) las diferencias y tensiones entre los principales actores norteamericanos involucrados en la fase inicial del diseño, así como los intereses geopolíticos inmediatos que impulsaron el programa.

Para tal fin, comenzamos con una breve descripción del contexto político, económico y agrícola mexicano durante la década previa que nos permite, en la siguiente sección, comprender con mayor profundidad la visión de Henry A. Wallace sobre la situación y posibilidades de desarrollo del campo mexicano, así como el riesgo que las autoridades norteamericanas observaban en el avance de movimientos totalitarios y comunistas en la región. Posteriormente vemos cómo fueron las primeras reuniones y negociaciones entre H.A. Wallace y la Fundación Rockefeller (FR), así como la forma en la que la solicitud fue asumida inicialmente por la dirección de la institución filantrópica. Una lectura y ejecución no compartida por todos los actores norteamericanos generando —como apuntábamos— diferencias y tensiones internas que deberían considerarse a la hora llevar a cabo un análisis profundo del Programa Agrícola México.

Contexto económico y agrícola en México durante la década 1930 (1929-1940)

Para los fines que ahora nos ocupan, podemos sintetizar la situación política, económica y social mexicana con la que se encontraron los políticos estadounidenses y directores de la Fundación Rockefeller a finales de la década de 1930, en torno a cinco grandes ejes. Por un lado, debemos tener presente la existencia aún de efectos, de problemáticas aún no resueltas de la Revolución. Sobre todo, aquellas relacionadas con la inestabilidad política, militar, financiera y

digitales fueron analizados mediante un enfoque metodológico que combinó el análisis contextual y la interpretación histórica de los materiales.

hacendaria a la que, desde entonces hasta las elecciones presidenciales de 1940, estuvo sometido el país. Por otro lado, es necesario considerar los efectos de la crisis bursátil de 1929 que volvieron a hundir a una sociedad y economía que apenas se levantaba. Especial atención merece, por tratarse del contexto más inmediato, los últimos años de gobierno de Lázaro Cárdenas y la campaña presidencial de 1940. Un periodo este último sumamente complejo durante el cual los movimientos conservadores y totalitarios mexicanos deben ser atendidos tanto a la luz de los acontecimientos internos, como el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial.

Secuelas aún presentes de la Revolución Mexicana en los entornos político, económico y militar

Entre 1929 y 1940 la política, la economía y la sociedad mexicana tenían todavía que enfrentar e intentar superar algunos importantes efectos y consecuencias de una guerra civil aun no completamente superada. Allende de los datos macroeconómicos, entre los que cabe destacar en este momento los relacionados con las exportaciones y la productividad industrial y agropecuaria, tres eran los principales problemas que resolver. Por un lado, la creación de un modelo de traspaso de poderes presidenciales sin la violencia que había caracterizado los primeros años de la posguerra; por otro, el control nacional de la economía, la tierra y el petróleo y, principalmente, la gestión de la prometida Reforma Agraria.

En el primer caso, el recuerdo de las rebeliones de la década previa, como las encabezadas por Adolfo de la Huerta en 1923 y Gonzalo Escobar en 1929, así como los intentos fallidos de Francisco Serrano y Arnulfo R. Gómez en 1927, no podían ignorarse y estuvieron presentes, sobre todo, ante cada cambio de gobierno.

La Guerra Cristera 1926-1929 no ayudó nada a mejorar este contexto de incertidumbre y crisis. Devastó la región centro occidental del país, incrementó el gasto gubernamental en el ejército, que ya era de por sí muy elevado, y dividió aún más a una sociedad ya de por sí fragmentada a raíz de las luchas

nacionales, regionales y locales en pos de más tierras y poder (Knight, 2015, pp. 274-275; Shadow y Rodríguez-Shadow, 1994, p. 660).

En este contexto, y con el fin de institucionalizar la actividad de la nueva clase política, Plutarco Elías Calles creó en 1929 el Partido Nacional Revolucionario (PNR). Este partido de Estado buscaba, a través de los grupos obreros y campesinos, limitar el predominio original de los jefes militares (Meyer, 2017, p. 826).

Ante la necesidad de consolidar el partido y asegurar la lealtad de los sectores populares, Lázaro Cárdenas impulsó un proceso de corporativización de los sectores sociales. Este proceso se materializó en la creación de diversas organizaciones representativas de distintos sectores de la sociedad. En este sentido, cabe destacar la creación de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) en 1936 y la Confederación Nacional Campesina (CNC) en 1938. Apenas cinco meses antes, el PNR se había transformado en el Partido de la Revolución Mexicana (PRM) (Meyer, 2017, pp. 855-857).

En cuanto al control nacional de la economía y la explotación de las materias primas existentes en el territorio nacional, uno de los más importantes y complicados pasos a dar debía llevarse a cabo en el ámbito de la minería, misma que se encontraba principalmente en manos del capital extranjero cuyos intereses solían estar muy lejos de las prioridades del gobierno. De ahí que éste se topara con grandes obstáculos. Entre los que cabe destacar el poder político y económico con que contaban los empresarios extranjeros y, relacionado con el mismo, la constante presión que el gobierno estadounidense ejercía para que se respetara, y repusiera cuando fuera el caso, los derechos —principalmente económicos y productivos— de sus ciudadanos en el país azteca. Allende, por supuesto, de las constantes solicitudes de pago de las deudas contraídas.

Finalmente, si ciertamente el número de campesinos desengañados iba creciendo ante el incumplimiento de la promesa de reparto de tierras, y otros actores veían en este una de las principales causas del retraso productivo agropecuario,⁴ la Reforma Agraria era un excelente instrumento político al que,

⁴ A lo largo de la década de 1920 el reparto agrario fue muy fragmentado y desigual en los distintos estados, lo que generó —tal y como señala Knight (2015, p. 285) — tensión e incertidumbre en la agricultura. Ortiz Rubio comenzó a frenar a inicios de la siguiente década un reparto que, si bien no satisfacía las demandas campesinas —tan sólo 673,000 ejidatarios habían recibido tierras, es

en un contexto de gran inestabilidad, ningún alto funcionario quería renunciar gratuitamente.⁵

La crisis mundial de 1929

Al contexto de incertidumbre interna con que se cerraba una y comenzaba otra década, se vino a sumar la depresión mundial tras el *Crac* de Wall Street de 1929. Si bien la situación económica mexicana empeoró dramáticamente como consecuencia del inicio de esta crisis, las primeras señales que previamente habían aparecido en el país vecino tuvieron pronto eco en México como una suerte de advertencia de lo que estaba por venir (Gómez Galvarriato, 2014; Knight, 2015).⁶

El impacto se vio reflejado en primer lugar en una fuerte disminución en el volumen y valor de sus exportaciones.⁷ Afortunadamente, México contó con la buena fortuna de la llamada *lotería de mercancías*. No dependía en exceso de un solo producto de exportación y en su variada canasta contaba con dos productos primarios que permitieron soportar la depresión bastante mejor que otros países: plata y petróleo (Knight, 2015). A la superación de esta situación ayudó también, al igual que en muchos otros países, que su desarrollo se fuera centrando paulatinamente en la producción y consumo interno hasta el punto en el que, al final de la década de 1930, el sector exportador dejó de ser el sector líder de la economía.

decir, el 20 % de la población económicamente activa en agricultura— fue suficiente para debilitar y preocupar a la clase terrateniente.

⁵ El mejor ejemplo de ello es el de Lázaro Cárdenas. Si bien es posible detectar en él un importante grado de idealismo, el agrarismo fue —tal y como constata Knight (2015, p. 273)— una orgullosa bandera del cardenismo, un medio para traer el favor presidencial y obtener el apoyo popular.

⁶ La economía nacional se había resentido previamente, concretamente desde 1926 y, sobre todo, en 1927, como consecuencia de la recesión que sufrió los Estados Unidos durante ese periodo. Ejemplo de ello lo tenemos en el deterioro del 4 % de los términos de intercambio entre 1926 y 1929 (Knight, 2015, p. 280; Cárdenas de la Peña, 1987, p. 225).

⁷ Ejemplo de ello lo tenemos en la reducción entre 1929 y 1932 de los términos de intercambio mexicanos en un 21 %, mientras que el volumen de exportación se contrajo 37 %, lo que implicó una caída del 50 % en el poder de compra de las exportaciones (Cárdenas, 1987). En términos absolutos el valor de las exportaciones pasó, de 285 millones de dólares en 1929, a sólo 97 millones en 1932 (Delgado, 2010, p. 78).

En el sector agropecuario, la promulgación del Código Agrario a finales de la presidencia de Abelardo Rodríguez (1932-1934) fue fundamental. A pesar de su perfil conservador y cercano a la empresa privada (Knight, 2015, p. 287) la contracción de los salarios reales y el gran número de desempleados, tanto por los efectos internos de la crisis como por la repatriación masiva de trabajadores mexicanos de los EE. UU., dieron lugar a un aumento de la miseria y las tensiones sociales que debía abordarse. Su promulgación en 1936 fue clave para el reparto masivo que llevó posteriormente a cabo Lázaro Cárdenas.

La presidencia de Lázaro Cárdenas

El inicio del gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) —señala Gómez Galvarriato (2014, p. 117)— coincidió con la recuperación económica y el citado impulso al reparto agrario. Entre 1934 y 1940 se distribuyó más del doble de tierra que en todas las administraciones previas en conjunto, cerca de 18 millones de hectáreas, beneficiando a 814 519 campesinos (Gómez Galvarriato, 2014, p. 119).

Si bien Cárdenas estaba convencido de que el ejido podía ser uno de los actores fundamentales para el desarrollo de la economía nacional, también lo estaba de su gran valor como instrumento político y de control social. De ahí que el reparto de tierras que llevó a cabo no deba contemplarse solo de manera cuantitativa, también cualitativa. En ese sentido, véase la distribución llevada a cabo en algunas de las zonas agrícolas más rentables, como la Laguna, Los Mochis, Sinaloa, Mante, el Valle del Yaqui (Sonora), Yucatán, Soconusco, Lombardía y Nueva Italia (Gómez Galvarriato, 2014, pp. 119-120).

A pesar de los esfuerzos realizados por distintos actores sociales y económicos, el sector agrícola seguía siendo muy vulnerable, sobre todo, a las condiciones climatológicas, como heladas, inundaciones y sequías, que constituyeron la amenaza perpetua de la agricultura mexicana de temporal durante toda la década de 1930. A ello debe sumarse —tal y como consideró desde el inicio el Programa Agrícola México— las grandes desigualdades existentes

entre los modelos, las capacidades y los fines productivos de unas regionales y otras.

Aquí está, a entender de numerosos autores uno de los nudos gordianos de la agricultura mexicana: el insuficiente nivel de productividad de la agricultura de consumo interno frente al avanzado y dinamizador de la agricultura comercial o de exportación (Kuntz Ficker, 2010, pp. 117-118; Marino y Zuleta, 2010, p. 461)

Si bien, desde la época virreinal los principales cultivos de uso interno —maíz, frijol y trigo, entre otros— concentraban la mayor parte de la fuerza de trabajo y de la superficie en cultivo, las cosechas no siempre alcanzaban para abastecer la demanda interna (Marino y Zuleta, 2010, p. 461). Debido a ello, fue recurrente la importación de granos⁸. En 1928, por ejemplo, los rendimientos medios por hectárea de maíz colocaban a México cerca del puesto 50 a nivel mundial. Esto contrastaba con los rendimientos obtenidos en los productos agrícolas de exportación, como el henequén, el algodón, el garbanzo, el arroz o el plátano, cuyos rendimientos los hacían internacionalmente competitivos (Kuntz Ficker, 2010, p. 129; Marino y Zuleta, 2010, p. 461).

Las razones de tan diferentes situaciones eran multifactoriales: tanto económicos, políticos, militares,⁹ sociales y ambientales. La propiedad de la tierra y la cuestión del reparto agrario, la baja incorporación de insumos (fertilizantes, plaguicidas, insecticidas, maquinaria agrícola) en un caso y alta en el otro, generaron mejoraras dispares en la productividad y rendimientos; los fenómenos climatológicos y medioambientales naturales —como sequías, heladas y plagas—, entorpecieron y agravaron en forma desigual el desarrollo agrícola. En definitiva, aunque en ambos casos el escenario fue duro, lo fue significativamente más en el caso de la agricultura de consumo interno. Ejemplo de

⁸ Sequías como la que tuvo lugar en el bienio 1921-1922 hicieron que la reducción productiva fuera acompañada de un aumento de los precios. Estos se mantuvieron por distintos motivos por encima del precio del grano norteamericano, propiciando con ello que su importación fuera recurrente durante todo el periodo.

⁹ Si bien autores como Marino y Zuleta (2010, p. 458) afirman que el sector agropecuario no fue globalmente abatido por causa de la Revolución y del reparto agrario, tanto ellos mismos como muchos otros autores señalan afectaciones e importantes caídas productivas (Sandra, p. 42). No fue hasta 1925-1926, cuando sus niveles de producción se aproximaron a los de 1909-1910, gracias al repunte de la producción doméstica y al empuje de los bienes exportables (), para volver a caer un año más tarde. Entre 1927 y 1929 tuvo lugar una contracción general de la producción.

ello lo tenemos en la inversión en infraestructura hídrica y la maquinización de la actividad agrícola. Tanto una —las grandes obras de irrigación llevadas a cabo a mediados de la década de 1920— como la otra —la distribución de equipamiento agrícola— se dieron principalmente en el norte y el centro del país (Marino y Zuleta, 2010, p. 467). Más aún, en 1930 más del 60 % del valor de la maquinaria agrícola se concentraba en esta región donde, el 94,4 % estaba en manos de los grandes y pequeños predios privados. En el resto del país, así como en los ejidos de la región, la tracción animal continuó siendo la principal fuerza motriz en agricultura.

Los problemas macroeconómicos y las relaciones internacionales del país se acrecentaron en 1938 como consecuencia del decreto de expropiación de empresas petroleras. Si el momento en que se dio, vísperas del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, mitigó en buena medida las represalias que los Estados Unidos y otras potencias extranjeras pudieran haber ejercido contra México, la producción petrolera proporcionaba cerca del 13 % de los ingresos gubernamentales. Ello complicó aún más las finanzas, así como las relaciones con los EE. UU., si bien la asignación de la producción al Estado dio al gobierno —tal y como señala (Gómez Galvarriato, 2014, p. 121)— una importante fuente de poder y recursos económicos a mediano y largo plazo.

A la mitad de este contexto, Lázaro Cárdenas debía asegurar que la sucesión presidencial de 1940 se llevara a cabo de manera ordenada y, sobre todo, permitiera darle continuidad al proceso de estructuración del nuevo régimen político. Para ello, era preciso elegir al candidato adecuado del PRM y asegurar un frente común frente al candidato de la oposición Juan Andreu Almazán.

Las elecciones de 1940

La elección de Ávila Camacho como candidato del PRM representó el triunfo de los moderados del partido. Si bien el plan sexenal sobre el que se basó el programa ratificaba el anterior de 1934, la campaña realizada por el candidato fue muy diferente a la de su *predecesor*. *Ávila Camacho mostró una gran moderación en el tratamiento de las cuestiones más importantes del momento,*

sobre todo, en lo que concernía al papel que debía ocupar el capital privado en el desarrollo del país, la política exterior, especialmente las relaciones con Estados Unidos, los derechos de los obreros y la lucha de clase.

En esa línea, la política del *Buen Vecino* de Roosevelt fue generosamente alabada. Ávila Camacho recalcó la conveniencia mutua de una buena amistad por proximidad, la defensa de la democracia y la asociación con la familia de naciones libres. Asimismo, fortaleció la política de Cárdenas y de Lombardo Toledano, quienes habían constatado la importancia de la solidaridad de las naciones democráticas en contra de la amenaza del fascismo.

Ahora bien, Ávila Camacho no estaba sólo en la contienda. En 1939 había un gran número de pequeños grupos políticos conformados en su mayoría por antiguos revolucionarios desilusionados y representantes del sector empresarial, particularmente del de Monterrey.¹⁰ Muchos de ellos, sin un candidato, programa o grupo de partidarios sólido, se vieron en la necesidad de unirse —a pesar de haber sido en algunos casos enemigos durante años— si querían hacer frente al partido del gobierno. Para tal fin, destacados veteranos de la revolución se reunieron en la Ciudad de México y formaron el Comité Revolucionario para la Reconstrucción Nacional (Prewett, 1941, pp. 222-223; Meyer, 2013, p. 187; Bénard, 1998, p. 81; Michaels, 1971, p. 104). El resultado de este encuentro fue la organización de un programa de oposición política bien planeado —destaca Albert L. Michaels (1971, p. 104)— que «expresaba clara y cuidadosamente los deseos de muchos mexicanos de una vida más pacífica».¹¹

Si bien fue seleccionado inicialmente el general Joaquín Amaro —exsecretario de Guerra y Marina con Calles y Gil, y exsecretario de Educación Pública con este último— como líder y candidato de este grupo, finalmente compitió por el mismo Juan Andreu Almazán, jefe de la Zona Militar de Nuevo León. Con una trayectoria política y militar más distinguida que la de Ávila Camacho, el beneplácito de la Iglesia, los empresarios y el ejército, no parecía en principio que pudiera tener grandes problemas ni con Cárdenas ni con el partido oficial.

¹⁰ Véase Saragoza (1988)

¹¹ Mismo, como veremos más adelante, por el que el gobierno de Roosevelt apoyó inmediatamente al candidato oficial del PRM.

Su propuesta, cautelosa como lo era la de Ávila Camacho tanto en sus formas como en algunos de sus contenidos,¹² y su programa —tal y como recoge Michaels (1971, pp. 112-113)— basado en el trabajo, la cooperación y el respeto a la ley ganaron una extraordinaria popularidad. Un elemento importante de su campaña fue su constante intento por ganarse la simpatía o —como señala Meyer (2017, p. 602) — «al menos la neutralidad del gobierno norteamericano». Sin embargo, a pesar de su propuesta de dar un giro a las relaciones con los EE. UU. y basar éstas en la cooperación, aquí estuvo su principal fracaso. El gobierno estadounidense consideró que Ávila Camacho era suficientemente moderado y la mejor opción para sus intereses sin tener que volver a un contexto de violencia y desorganización como probablemente hubiera ocurrido de apoyar a Almazán (Meyer, 2017, p. 602).

La actitud estadounidense, así como convicciones ideológicas, dieron pie a que ni Lázaro Cárdenas ni su partido aceptaran que una oposición, a la que consideraban reaccionaria y divisoria, llegara al poder y con ello pusiera en riesgo la unidad y economía del país (Michaels, 1971, p. 81). Uno de los principales motivos por los que Cárdenas faltó a su promesa con Almazán y la ciudadanía era el mismo por el que había elegido a Ávila Camacho y no a Francisco Múgica como su sustituto: «México debía enfrentarse a la amenaza mundial del fascismo como una nación unida» (Michaels, 1971, p. 82).¹³ De ahí que, cuando desde el gobierno de Cárdenas se vio el grado de popularidad y entusiasmo público que la campaña opositora estaba alcanzando, las hostilidades hacia los militantes de Almazán se recrudecieron.¹⁴

Numerosos documentos y voces señalan que la votación y el recuento de votos fueron un gran engaño, un enorme fraude electoral. Incluso, el mismo día de las elecciones, éstas fueron interrumpidas por disturbios frecuentes, el ejército y la policía mataron y detuvieron a decenas de manifestantes y, el mismo Cárdenas tuvo que abstenerse de votar. Al recuento de los votos y publicación

¹² Cautelosa a la vez que ambigua ideológicamente ya que bajo su bandera e imagen debía satisfacerse una coalición bastante heterogénea.

¹³ Mismo, como veremos más adelante, por el que el gobierno de Roosevelt apoyó inmediatamente al candidato oficial del PRM.

¹⁴ Virginia Prewett da fiel cuenta en su clásica obra de 1941 «Reportage on Mexico», principalmente al capítulo titulado «War and the 1940 Presidential Campaign» de cómo la maquinaria política estatal hizo lo posible para descarrilar el «expreso de Almazán».

de los resultados, siguió el asesinato de varios seguidores de Almazán acusados de planear un levantamiento (Michaels, 1971, pp. 132-133).

El nazi-fascismo en México

Un actor que suele pasarse por alto en el contexto político y social mexicano, pero que desempeñó un papel fundamental tanto en el desarrollo de estas elecciones como en las decisiones que el gobierno estadounidense tomó durante y después de ellas, fue la extensa red de nazis que operaba en México en aquel momento. Su presencia, tal y como han constatado autores como Friedrich Katz (1982), Juan Alberto Cedillo (2010) y Ricardo Pérez Montfort (1989), entre otros, estaba ya tan ampliamente extendida y enraizada en distintos sectores sociales y políticos, que ambos bandos —almazanistas y avilacamachistas— se echaran mutuamente en cara tal infiltración.

Las causas y razones de la penetración de los nazis en México fueron muchas y variadas. La consolidación de las relaciones comerciales entre Alemania y México desde mediados del siglo previo, así como la presencia e influencia cada vez mayor de inmigrantes, principalmente alemanes e italianos, abonaron un terreno ya de por sí fértil para la germinación y proliferación de ideas nacionalistas, antiestadounidenses, antisemitas y anticomunistas. Oposiciones muchas de ellas paralelas o relacionadas en buena medida —señalan Samuel Schmidt y Diego M. Velázquez (2014)— al rechazo que la derecha secular y religiosa manifestaban entonces ante la modernidad.¹⁵

En el terreno intelectual tal vez no quepa mejor ejemplo que el de José Vasconcelos. Considerado —nos recuerda Mauricio Pilatowsky (2014, p. 160)— «uno de los próceres de la educación en México», puso su trabajo intelectual al servicio del nazismo, el franquismo y distintos regímenes dictatoriales en América Latina. Los trabajos de Héctor Orestes (2007), Miriam Jerade (2015) y Enrique Krause (2013) dan cuenta, entre otros, del papel propagandista que

¹⁵ Si bien, como señala Roberto Blancarte, la Iglesia mexicana no era a finales de la década de 1930 progermánica o antisemita en su totalidad, dentro de ésta había una corriente que, «llevada por el antinorteamericanismo, el anticomunismo y el antisemitismo, se había deslizado a posiciones favorables al eje» (Blancarte, 1992, p. 80).

Vasconcelos desempeñó, principalmente como director de la revista *El Timón*, del III Reich.

Todo este contexto facilitó que, ante el inminente complot que llevarían —y llevaron a cabo— los estadounidenses e ingleses tras la nacionalización del petróleo, la Alemania nazi pudiera sacar mayor partido a la amplia red de espionaje instrumentada por el nazi-fascismo mexicano (Pérez Montfort, 1989, p. 5). Para ese entonces, México era una región de especial valor estratégico para los teutones. Ya no sólo sus recursos naturales eran imprescindibles para la obtención de materia prima,¹⁶ su extensa frontera con los EE. UU. hacía del país azteca un lugar ideal desde el que intentar influir en la política estadounidense (Chávez Rodríguez, 2015, p. 124).

La red alemana consiguió infiltrarse e influir en la política mexicana a través del apoyo y financiación de grupos¹⁷ y candidatos opositores, entre los que cabe destacar Saturnino Cedillo,¹⁸ Maximino Ávila Camacho¹⁹ y el ya

¹⁶ Entre estas cabe destacar obviamente el petróleo. Los alemanes supieron ver y aprovechar anticipadamente las implicaciones que la expropiación petrolera iba a tener en las arcas mexicanas. Poco antes de que ésta se llevara a cabo el 18 de marzo de 1938, agentes alemanes y representantes del gobierno de Lázaro Cárdenas acordaron la compraventa de crudo como medida de prevención ante algún posible boicot por parte de compañías británicas y estadounidenses (Chávez Rodríguez, 2015, p. 131).

¹⁷ Entre los distintos grupos cabe destacar, además de aquellos que fungieron de apoyo a los candidatos citados a continuación, movimientos como los sinarquistas hasta inicios de los años cuarenta (Yankelevich, 2008).

¹⁸ Si bien autores como Yankelevich hablan de esta como la rebelión de 1939, podemos considerar que la misma comenzó antes de ese año. De hecho, Cedillo fue asesinado en enero de ese mismo año. Siguiendo a Meyer, podemos considerar como el inicio oficioso de la rebelión el 15 de mayo de 1938, día en el que «la legislatura de San Luis Potosí, siguiendo la consigna de Cedillo y del gobernador del Estado, dio a la publicidad un decreto desconociendo al general Lázaro Cárdenas como presidente de la República» (Meyer, 1981, p. 350). Fecha por demás también arbitraria a sabiendas de que los movimientos militares en uno y otro lado comenzaron en 1937 con la salida de Cedillo como secretario de Agricultura. Para más detalles sobre ello, véase la obra ya citada de Meyer (1981), Martínez Assad (1979), Luis González (1981) o Anatol Shulgovski (1972), quienes ofrecen distintas perspectivas y detalles sobre el significado y alcance de la rebelión cedillista.

¹⁹ El hermano del futuro presidente no solo estaba conectado a redes pro-fascistas tanto nacionales como internacionales, tampoco tuvo —al menos inicialmente— ningún reparo en mostrarse favorable a la causa del Eje (Niblo, 1999, p. 326). Ejemplo de ello lo tenemos en las alianzas que forjó con organizaciones como el Frente Unido de la Clase Media (FUCM) y Acción Revolucionaria Mexicana (ARM) (Henderson y LaFrance, 2009, pp. 168-169). Esta última, más conocida como los camisas doradas, fue fundada por Nicolás Rodríguez en marzo de 1934 inspirándose en el modelo de las camisas negras y las camisas pardas del nazi-fascismo (*Imparcial*, 1934a, p. 1; Campbell, 1976, p. 50; Márquez, 1992, p. 40). Especial atención merece la protección política que brindó a William O. Jenkins (Niblo, 1999, p. 326). Bajo su tutela, el empresario norteamericano

mencionado Juan A. Almazán,²⁰ éste último —como ya hemos señalado— candidato en las elecciones presidenciales de 1940.

Ante esta situación líderes y simpatizantes del gobierno cardenista, como Vicente Lombardo Toledano «gestaron un relato propio para asegurar, entre otros fines, la unidad del proletariado mexicano ante el gran desafío del fascismo internacional» (Sola Ayape y De Gasperín Torres, 2020)²¹ y, una de las mejores excusas para ello, la encontraron en la presencia de la Falange Española en México.

Crecida ante las noticias que llegaban sobre la Guerra Civil española, cada día los falangistas radicados en México mostraban menos cuidado por ocultar sus actividades, sobre todo tras la toma de Madrid.²² La actividad combativa contra la Falange Española en México se intensificó poco después de finalizada la guerra a un lado y otro del océano.²³ En el lado mexicano —que es el que ahora nos ocupa—, fue especialmente intensa entre las organizacio-

pudo impedir que el comité aliado proyectara propaganda anti-Eje en los cines controlados por el grupo Jenkins (2009, p. 171; Niblo, 1999, p. 326).

²⁰ Almazán negó en numerosas ocasiones tener inclinaciones favorables por el fascismo e, incluso, llegó a llamar «comunazis» a los continuistas —en clara alusión al presidente Lázaro Cárdenas—, a aquellos que propugnan dictaduras totalitarias, pretenden burlarse del voto popular y son enemigos de la democracia (Almazán, 1940/2003, p. 58). En una entrevista dada el 7 de octubre de 1939 a los periodistas mexicanos, Almazán señaló la gran similitud existente entre el programa, la ideología y propósitos inmediatos de sus contrincantes, con los sistemas nazi-fascistas y nazi-comunistas (Almazán, 1940/2003, p. 106).

²¹ El mejor de ejemplo de ello lo encontramos en el banquete organizado el 2 de abril de 1939 en el Casino Español de Ciudad de México tras la victoria del bando nacional. Bajo pretexto de celebrar el final de la guerra, se dieron cita una parte importante de la colonia española y representantes del gobierno mexicano (Sola Ayape, 2019a, p. 143). Los excesos cometidos por los falangistas durante esta celebración, así como horas posteriores en las calles de Ciudad de México, fueron punto de inflexión en la vida de este partido en México.

²² Tal y como constata Carlos Sola (2019a), incluso desde el bando nacional no gustaban los excesos de ostentación de la Falange, ya que ello dificultaba aún más los esfuerzos por el establecimiento de relaciones oficiales entre el país azteca y el nuevo gobierno franquista. Augusto Ibáñez Serrano, representante personal de Franco en México y responsable durante 15 años de las relaciones oficiosas entre un país y otro, fue clave para hacer saber a las autoridades del bando nacional en España de estos excesos. Asimismo, fue, más allá de la autopublicidad del gobierno mexicano, uno de los principales responsables de la expulsión y paulatina desintegración de la Falange en México (Sola Ayape, 2019a).

²³ Uno de los mejores ejemplos de ello lo encontramos en el especial de *El Popular* del 4 de abril de 1939 y los eventos que a lo largo del día se produjeron. El más relevante, sin duda, fue el anunció que, a las 21:00 horas, hizo por radio el secretario de Gobernación haciendo saber que los tres dirigentes de Falange en México serían expulsados de país (Sola Ayape, 2019b, pp. 317-318).

nes obreras y periodísticas afines al presidente Cárdenas, entre las que cabe destacar la CTM y *El Popular*. Las acciones complementarias de una y otra no solo facilitaron y justificaron el desmantelamiento de la Falange, también fueron ejemplo —señala Sola Ayape (2019b)— de la fuerza y convicción que desde el Gobierno mexicano se quería dar ante todo intento de penetración del fascismo en el país.²⁴

La expulsión de los tres principales líderes de la Falange en México, ampliamente aplaudida dentro y fuera del país, fue desde el punto de vista político, una excelente jugada dentro del complicado ajedrez nacional e internacional. Desde el punto de vista de la política interna, la alusión constante al riesgo que corrían las libertades conquistadas si el pueblo mexicano no hacía frente al fascismo, tal y como había ocurrido en España con Franco,²⁵ convertía a Cárdenas en el gran paladín de la Revolución y del progreso frente a la involución que representaba el conservadurismo.²⁶

Desde el punto de vista internacional, más allá de la convicción o discurso ideológico y apego al programa revolucionario, Cárdenas debía cuidar sus ya muy dañadas relaciones con los EE. UU., sobre todo tras el inicio de las hostilidades en Europa, ya que con éstas se cerraban violentamente las posibilidades comerciales con las naciones del Eje (Cruz García, 2011, p. 461). Más aún, estaba seguro de que EE. UU. tomaría muy pronto el mando del liderazgo mundial y el lugar que México podía ocupar en el contexto internacional. De ahí que Cárdenas fuera consciente de la pertinencia de acercar su estrategia diplomática hacia un modelo compatible con la *defensa del hemisferio occidental* que en ese momento ondeaba la Casa Blanca (Chacón, 2000, p. 326).

²⁴ Desde estancias como *El Popular* se recordaba constantemente cómo los idearios y principios fundamentales la Falange Española estaban calcados de los postulados del partido fascista italiano y el Partido Nazi alemán. Ello, más sus tácticas de acción —advertían— ponían en serio riesgo la soberanía nacional y los ideales de la Revolución Mexicana.

²⁵ Desde estancias como *El Popular* se recordaba constantemente cómo los idearios y principios fundamentales la Falange Española estaban calcados de los postulados del partido fascista italiano y el Partido Nazi alemán. Ello, más sus tácticas de acción —advertían— ponían en serio riesgo la soberanía nacional y los ideales de la Revolución Mexicana.

²⁶ Ello permitió imponer a los trabajadores un *modus operandi*, muy cercano por cierto a las tácticas del nazi-fascismo europeo del momento, como eran vigilancia, información y preparación para el aplastamiento, que casaba perfectamente con la nueva fisionomía revolucionaria, presidencialismo, corporativismo y hegemonía partidista (Sola Ayape, 2019b, pág. 319).

Si bien el acercamiento no era fácil, sabía que tanto para México como para los EE. UU., el contexto internacional obligaba buscar formas de cooperación que pudieran continuar tras su cercana relevación presidencial. En ese mismo camino estaba Ávila Camacho, consciente también de la necesidad de rediseñar el tipo de relaciones que tenían que establecerse con el país vecino. En ese sentido, en numerosas ocasiones admitió —siguiendo a (Chacón, 2000, p. 309)— el mayor conocimiento que Cárdenas tenía de defensa y seguridad nacional.

Los pasos dados por Cárdenas y la continuidad que representaba Ávila Camacho, no fueron ignorados por el gobierno estadounidense.²⁷ A pesar de las dudas que en algunas ocasiones pudiera suscitar, sus declaraciones sobre la necesidad de forjar una relación más cercana y amigable, sobre todo —tal y como señala Soledad Loaeza (2013, p. 300)— tras la firma del eje Berlín-Roma-Tokio, Washington decidió apoyar su elección ante el posible levantamiento almazanista. Como prueba de este respaldo, Roosevelt envió a Henri A. Wallace como embajador extraordinario y su representante en la toma de protesta del nuevo presidente de los Estados Unidos Mexicanos (Wallace, julio 1940 - octubre 1941, pp. 1a22,0219-0225; Cruz García, 2011, p. 461).²⁸

La visión gubernamental

El viaje de H.A. Wallace

La elección de Henry. A. Wallace —exsecretario de agricultura y vicepresidente electo entonces de los EE. UU.— como comisionado y representante del gobierno estadounidense en noviembre de 1940 no había sido casual. Franklin

²⁷ Tampoco lo fue por algunos sectores conservadores mexicano. El giro «modernizante» de la Revolución mexicana manifestado con la candidatura del (católico) Ávila Camacho hizo que, junto al complicado escenario internacional, sectores como la Iglesia se sumaran a la política de unidad nacional. La nueva alianza entre Estado e Iglesia ayudó —señala Meyer— a convencer a numerosos mexicanos de la necesidad de «rebajar un poco su germanofilia y antiyanquismo».

²⁸ El mismo Almazán fue más allá al sostener que la designación de H.A. Wallace como vicepresidente de los EE. UU. tenía como uno de sus principales objetivos dar el apoyo al General Cárdenas (Almazán, 1940/2003, p. 139).

D. Roosevelt tenía motivos para preocuparse, a medida que se acercaba dicha ceremonia, por una posible revuelta liderada por Juan Andreu Almazán.²⁹ La simple viabilidad de la misma ponía en riesgo la estabilidad hemisférica que en esos momentos EE. UU. necesitaba.

Ahora bien, más allá del cumplimiento de este importante cometido diplomático, para Henry A. Wallace el viaje tenía otro objetivo: conocer de primera mano las condiciones reales del campo y la sociedad mexicana. Como agrónomo, participante en numerosos proyectos agrícola nacionales e internacionales, exsecretario de agricultura y empresario agrícola, estaba especialmente interesado en la producción y almacenamiento del maíz (Wallace, 1941b; Borlaug, 2007, pp. 287-288; Olsson, 2013). Con este objetivo en mente, optó por conducir más de 4.000 kilómetros con su propio automóvil, de Washington a la Ciudad de México (Wallace, julio 1940 - octubre 1941, p. 1a22-0249; Waterhouse, 2013; Olsson, 2013, p. 204).

Antes de cruzar el puente fronterizo en Laredo (Texas), Wallace se encontró con el embajador de México, Francisco Castillo Nájera. Al otro lado, les esperaba para sumarse a la comitiva el gobernador del estado de Tamaulipas, Marte R. Gómez y cuatro hombres vinculados a la embajada de Estados Unidos en la Ciudad de México. Entre ellos, Leslie Mallory, la adjunto al embajador de México, quien le dio una importante y, para el futuro próximo, valiosa noticia: Marte R. Gómez —con quien había coincidido en varios proyectos agrícolas— sería el secretario de Agricultura del nuevo gabinete mexicano.

Durante los siguientes tres días ambos mandatarios (Wallace y Gómez) viajaron la mayor parte del tiempo en el mismo automóvil (Wallace, 1941a, p. 1) deteniéndose en innumerables ocasiones para hablar con los agricultores, visitar las escuelas ejidales e inspeccionar campos de maíz.

²⁹ Cuando Lázaro Cárdenas propuso como candidato presidencial a Manuel Ávila Camacho, ministro de defensa bajo su gobierno y líder militar del estado central de Puebla, los conservadores insatisfechos propusieron como candidato de oposición a Juan Andreu Almazán, quien contaba con un amplio apoyo en el sector empresarial y las clases medias. Cuando Ávila Camacho anunció en julio su victoria en unas elecciones claramente fraudulentas, Almazán impugnó el fallo y prometió una revuelta armada si el gobierno no reconocía su legítima victoria. Los siguientes meses fueron de gran tensión y fuertes debates en el Congreso, así como de sangrientas peleas callejeras. Si bien la elite política mexicana se inclinó hacia la derecha, el presidente estadounidense tenía motivos suficientes para estar inquieto (Olsson, 2013, p. 201).

Uno de los primeros hechos que pudo constatar Wallace —algo que será fundamental para el futuro Programa Agrícola México— fue el alto grado de analfabetismo existente en el ámbito agrícola. De ahí —pronto comprendió—, que uno de los primeros objetivos del gobierno mexicano fuera construir escuelas ejidales. Constatada esta situación y estrategia, Wallace propuso detenerse en los centros educativos que fueran encontrando a lo largo de la carretera (Wallace, 1941a, p. 10). Después de visitar varias de estas y conocer su situación, quiso aprovechar el resto del viaje para centrar su atención en los campos de maíz. Quería saber, especialmente, cómo los agricultores lo almacenaban y cuál era su capacidad para reaccionar ante una eventual hambruna causada por el mal tiempo (Wallace, 1941a, p. 10). Si bien su español no era muy fluido —tal y como él mismo reconocía (Wallace, 1941b, p. 18)—, era lo suficientemente bueno como para conversar directa y personalmente con los campesinos.

Tras la ceremonia de toma de protesta de Ávila Camacho y las reuniones protocolares que su papel como vicepresidente electo le obligaban, Wallace decidió convertir su breve visita diplomática en unas vacaciones prolongadas con el fin de continuar su estudio del maíz mexicano (Olsson, 2013, p. 208). Con tal propósito visitó con Marte R. Gómez la Escuela Nacional de Agricultura en Chapingo y hablaron largamente sobre la forma en la que la ciencia podría ayudar a reforzar el sistema de ejidos. Wallace, convencido del extraordinario papel que la ciencia y la tecnología podían jugar en el desarrollo del campo, insistió en que uno de los trabajos más importantes que deberían llevarse a cabo en México era aumentar el rendimiento por hectárea de maíz y frijol.

Marte R. Gómez sugirió a Wallace visitar la Estación Central de Reproducción de Maíz de la Secretaría de Agricultura (León, Guanajuato) operada por Eduardo Limón, quien había obtenido su maestría en la Universidad Estatal de Iowa a principios de la década de 1930.³⁰ Limón comentó a Wallace que había aprendido durante su posgrado a producir híbridos y que tenía tres o cuatro cepas endogámicas diferentes desarrolladas a partir de la variedad Chalco. El vicepresidente le instó a desarrollar cien cepas puras y hacer varias

³⁰ The Reminiscences of Henry A. Wallace, Oral History Collection of Columbia University, New York, 1287-1288. Tomado de (Olsson, 2013, p. 208).

combinaciones entre las más prometedoras. Posteriormente, debía probarlas en cooperación con algunos de los ejidos (Wallace, 1941a, pp. 10-11).

Este encuentro impactó tanto en Wallace que meses más tardes compartió en el periódico de su familia —*Wallaces' Farmer*— su esperanza de que en 1941 se iniciara en México un programa de mejoramiento de maíz. Ello dependería, en buena medida, de si su amigo Marte R. Gómez, en calidad de nuevo secretario de Agricultura, atendía el plan que Limón había elaborado para la mejora de este grano (Wallace, 1941a, pp. 10-11).

De las muchas personas con las que Wallace se reunió en México, la que más influyó en su comprensión de la situación agraria del país fue el embajador de Estados Unidos en México, Josephus Daniels. Uno de los elementos en los que más enfatizó Daniels, tal y como ya habían hecho John Ferrell y Frank Tannenbaum años atrás, fue en las coincidencias históricas y sociales existentes entre el sur de los Estados Unidos y el México rural (Olsson, 2013, p. 208).³¹

Tras sus numerosas visitas y entrevistas, la conclusión general a la que llegó Wallace sobre la situación del campo mexicano fue que ésta era lamentable. Sin olvidar por supuesto la esperanza y optimismo que le había suscitado su conversación con Limón, no podía ignorar las precarias condiciones en las que se desarrollaban las actividades agrícolas en México. Tal y como podemos observar en los artículos ya mencionados que publicó en *Wallaces' Farmer*, para Wallace era evidente que un gran «hambre de tierra» impregnaba el campo mexicano. Un hambre, eso sí, que no impedía ver a los agricultores que «la revolución —y el reparto de tierra que ésta prometía— por sí sola no aumenta la producción agrícola de México». Era necesario —señalaba Wallace— invertir en educación, introducir mejores métodos de cultivo y mucho trabajo duro. En ese sentido, estaba convencido de que las escuelas ejidales contribuirían mucho más que cualquier otra cosa en la mejora de la productividad agrícola y la calidad de vida en México (Wallace, 1941a). De ahí que, en varias ocasiones, sostuviera que, en caso de llevarse a cabo algún tipo de intervención en México, había que trabajar desde y con los ejidos, no en contra de estos.

³¹ Estas conversaciones e ideas impactaron profundamente —tal y como constatamos más adelante— la comprensión de Wallace de cómo México podría elevar su nivel de vida rural.

Algunos de los más significativos datos que Wallace recopiló y facilitó durante su visita, estaban relacionados con la capacidad de producción del campo mexicano. En ese sentido, señala Wallace, «Los campesinos en Zacapu» —para él el mejor maíz que vio mientras estaba en México (Wallace, 1941a)— «requerían doscientas horas de labor para conseguir un canasto de maíz. En contraste, un campesino de Iowa producía la misma cantidad con diez horas de trabajo» (Waterhouse 2013, pp. 103-104).

En definitiva, estaba convencido de que la mejora en la productividad del cultivo eficiente de maíz era más importante que casi cualquier otra cosa en México y que, para ello, era preciso introducir maíz híbrido, enseñar en las escuelas un uso más hábil de los fertilizantes, la rotación de cultivos y la mejora y construcción de suelos.

Al informar sobre su viaje al secretario de Estado de los EE. UU., Cordell Hull, Wallace insistió en que, para el ochenta por ciento de los mexicanos, una de las mayores necesidades era la obtención de créditos baratos (Wallace, 1940a, pp. 13-14). Mostraba, así mismo, su convencimiento de que la producción bajo el sistema ejidal podría llegar a ser (eventualmente) —a pesar de las grandes críticas recibidas— mayor que el obtenido bajo el sistema de hacienda (Wallace, 1940a, p. 2). Ahora bien, si el ejidatario promedio produce menos que el promedio de los cultivadores del sur de los EE. UU., se debía tanto a la tecnología a la que tenían acceso, como a sus conocimientos y habilidades para utilizarla. De ahí que, una de las posibles vías de desarrollo del campo mexicano pudiera ser el establecimiento de una estación experimental por parte de una de las grandes fundaciones de los Estados Unidos (Wallace, 1940a, p. 15; Olsson, 2013, pp. 209-210).

Distintos intereses y preocupaciones estadounidenses

Como comenzamos a observar, a los intereses políticos en juego se sumaban los de un vicepresidente que ya había participado en múltiples proyectos de colaboración con agrónomos mexicanos y con la Secretaría de Agricultura y

Fomento (SAF) de México³². Ello, junto a su papel central en el diseño y desarrollo de la nueva política exterior de los EE. UU. —la política del buen vecino (Ardila, 2013; Wallace, julio 1940 - octubre 1941, p. 1a22,0236)— y del *New Deal* rural estuvieron muy presentes en las fases iniciales del proyecto. Una agenda que vendría a coincidir con el profundo interés que tanto la Fundación Rockefeller como el mismo gobierno norteamericano tenían por recuperar gran parte de la influencia perdida en América Latina, incluido México. Ambos estaban especialmente preocupados por el avance del fascismo y del comunismo en América Latina. Ejemplo de ello lo tenemos en la carta que H.A. Wallace envió a Cordell Hull (secretario de Estado de los Estados Unidos) el 16 de enero de 1940 desde Pátzcuaro (Michoacán, México) días después de la toma de protesta de Ávila Camacho (Wallace, 1940a). Wallace da cuenta de ello a la hora de describir la situación política y social del país azteca. México es —comenzaba señalando Wallace— un país con extraordinarios recursos naturales aún sin explotar debido a la falta de capital local. Si el gobierno estadounidense o sus ciudadanos —dice ya en torno de advertencia— no aportan capital en esa dirección, una gran parte de la inversión que el país necesita podría provenir de poderes totalitarios (Wallace, 1940a, pp. 4-5). De darse esa situación —anota—, la seguridad de los Estados Unidos quedaría seriamente comprometida. De ahí que —añade Wallace—, la seguridad del hemisferio exige que tanto el Gobierno como los ciudadanos norteamericanos hagan la mayor inversión posible en México (Wallace, 1940a, pp. 4-5).

¿Era éste un miedo justificado? ¿o se trataba de un simple rumor? En la misma misiva Wallace lamenta que los comunistas, pero especialmente algunos de los refugiados españoles, fueran más importantes y tuvieran más influencia en México que los estadounidenses. Incluso —llega a anotar—, pareciera haber cierta tendencia a la cooperación entre la extrema izquierda y la extrema derecha mexicana. En ese sentido —señala Wallace (1940a, p. 9)—, algunos

³² Ejemplo de ello lo encontramos en la invitación que en 1939 había hecho como secretario de Agricultura de los Estados Unidos a miembros de la SAF para llevar a cabo una reunión en Matamoros (Tamaulipas) con el fin de desarrollar un plan de acción coordinado para el control de plagas del algodón en las regiones Fronterizas. La SAF respondió favorablemente a la propuesta y en 1940 los dos países establecieron la Comisión Internacional de Control de Plagas Estados Unidos-México bajo la cual se llegaron a varios acuerdos de estrecha cooperación y el intercambio de personal técnico (Cotter 1994, p. 238).

de los partidarios de Almazán, de clara tendencia conservadora, comulgaban con ideas comunistas, a la vez que colaboraban con los nazis.

¿Cómo era posible ello? Si bien Wallace señala en su carta la necesidad de estudiar con cuidado este fenómeno, adelanta que la deuda de Franco con Italia y Alemania le había llevado a ceder gran parte de la influencia que España tenía en toda América Latina, a los poderes totalitarios. Un influjo, en el caso mexicano, especialmente importante entre la oposición conservadora que abrazaba la causa de la llamada *España Nacional* y unos principios hispanistas que, con una larga trayectoria ya en el país, conducían al establecimiento del llamado «régimen espiritual hispano». Un argumento, utilizado como escudo —tal y como pudo constatar el mismo Wallace en cartas enviadas por varios almazanistas (Wallace, 1940a, pp. 12-13)— para evitar y oponerse a cualquier injerencia ajena (a excepción tal vez de la española), principalmente inglesa, francesa y sobre todo norteamericana.³³

A la influencia española vendría a sumarse la presencia en toda América Latina de un gran número de inmigrantes alemanes, italianos, húngaros y austríacos —así como de sus descendientes— que poco simpatizaban con las potencias del Eje (Ruiz, 2012).

Pero el verdadero peligro venía desde las mismas entrañas del Tercer Reich. Tras someter a Polonia, los Países Bajos y Francia, la *Wehrmacht*³⁴ estableció en México un centro de espionaje para todo el continente americano. Su principal objetivo (pero no único) era investigar el potencial bélico de los Estados Unidos, vigilar los movimientos militares de su flota y, en caso de ser necesario, llevar a cabo operaciones de sabotaje contra su industria militar a través de la frontera con México (Cedillo, 2007).

³³ Si bien este no es momento ni lugar para profundizar en el verdadero alcance y poder que tuvo la falange española en las élites económicas y políticas mexicanas, lo importante para los fines que ahora nos ocupan es conocer la imagen y concepción que de dicha influencia tenían los estadounidenses. Principalmente, tal y como estamos haciendo, el entorno más cercano al presidente Roosevelt; su vicesecretario H.A. Wallace, su secretario de Estado Cordell Hull y su embajador en México Josephus Daniels. Asimismo, es importante recordar que, si bien las principales figuras políticas e intelectuales mexicanas se inclinaron desde el inicio por la causa republicana, la clase media estuvo con Franco, máximo representante del catolicismo y anticomunismo (Pérez Montfort, 1989, pp. 1-2).

³⁴ Nombre de las fuerzas armadas unificadas de la Alemania nazi desde 1935 a 1945.

Las autoridades mexicanas no ignoraban este hecho. Al contrario, altos cargos del gobierno (como el mismo secretario de Gobernación Miguel Alemán, el Secretario de Relaciones Exteriores Ezequiel Padilla y el Subsecretario de Hacienda, Mario Ramón Beteta) simpatizaban y llegaron a colaborar con el régimen nazi. Los inspectores del servicio secreto mexicano —al igual que el FBI— sabían tanto de la presencia de estos espías alemanes en el país, como de la adhesión y colaboración de personas cercanas al presidente Lázaro Cárdenas con los alemanes (Cedillo, 2007; Marín, 2010). Incluso, estaban al corriente de cómo los alemanes habían comprado medios de comunicación para hacer una importante campaña «publicitaria» a su favor (Marín, 2010) y sabían cómo utilizar estas estrategia y mecanismos a su favor (Wallace, 1940a, p. 9).³⁵

Un hecho importante, fundamental que cambió en buena medida las relaciones hasta entonces existentes entre México y los Estados Unidos, fue la conversación que Wallace mantuvo con Ávila Camacho el 29 de diciembre de 1940. Un diálogo que fue resumido por el primero de ellos en una carta enviada a Roosevelt y en la que le hacía saber cómo el presidente mexicano le había hablado directamente sobre la existencia de pruebas definitivas de que los nazis estaban planeando atentar contra los EE. UU. Concretamente, habían planeado transformar aviones de transporte comercial en aviones de bombardeo con el fin de atacar fábricas en los EE. UU. y, posteriormente, crear una serie de incidentes en México y Sudamérica de tal naturaleza que pusiera en riesgo la solidaridad Panamericana (Wallace, 1940b, p. 1). De ahí que —advertía Wallace—, los futuros eventos en Europa pudieran llegar a acelerar, adelantar o agravar la situación de riesgo estadounidense (Wallace, 1940b, p. 9).

Ante este difícil contexto y entorno, Wallace recomendaba tanto a su presidente como al secretario de Estado acercar posturas con el Gobierno de México, así como ayudar al desarrollo económico y social del país (Wallace, 1940b, p. 33). Apoyos que podían ser tanto directos como indirectos, resultado del fomento de inversiones estadounidenses (tanto públicas como privadas).

³⁵ Wallace era consciente de que, si los EE. UU. conseguía mejorar sus relaciones con México, también lo haría en gran medida la nueva política de vecindad con otros países del hemisferio (Wallace, 1940a, pp. 19-20).

Como exsecretario de agricultura, conocedor de la situación del campo mexicano y agroempresario, Henry A. Wallace sabía de la importancia política y económica de la agricultura, así como el desliz que supondría pasar por alto las oportunidades geopolíticas que ésta podía ofrecer. Conocedor además de los intentos previos que tanto la Fundación Rockefeller como el gobierno de los EE. UU. habían hecho por desarrollar programas agrarios en México, veía en el diseño y desarrollo de un programa agrícola una extraordinaria oportunidad para acercarse no sólo a la nueva administración mexicana, también a buena parte de países latinoamericanos. No era casualidad. Tal y como Deborah Fitzgerald (1986) y Joseph Cotter (1994 y 2003) ya han demostrado previamente, había un interés y apuesta clara de parte de las autoridades estadounidenses de exportar su modelo productivo agrario a casi todos los rincones del mundo.³⁶ Si bien fueron razones filantrópicas las que entonces se expusieron como detonantes de estos programas, fueron principalmente intereses económicos y geopolíticos los que impulsaron estos esfuerzos. Allende de estos, debemos ver el Programa Agrícola México (PAM) como un programa, ante todo, de ayuda y colaboración internacional, de validación primero y de impulso después del modelo agrícola estadounidense cuya máxima expresión se alcanzó durante la Revolución Verde. Un modelo que se levantaba sobre tres grandes pilares: investigación, educación y extensión. El cambio y el progreso de la agricultura dependería principalmente —se vendría a decir— de la capacidad que se tuviera para persuadir a la población rural de poner en práctica el conocimiento científico (Serrano-Bosquet y Caponi, 2014, p. 159; Enriquez-Rodriguez y Serrano-Bosquet, 2021, p. 5). Muchas de las experiencias, los trabajos y avances en investigación y desarrollo implementados inicialmente en los EE. UU., principalmente en los estados del sur, se utilizaron y desplegaron primero en México, posteriormente en Colombia (1950), Chile (1955), Ecuador y Perú (1956) y, más tarde y lejos, en la India (Jiménez Velázquez, 1990, pág. 973). Durante este primer periodo expansionista del modelo, el PAM tendió a centrarse en una investigación aplicada (Serrano-Bosquet y Caponi, 2014, pp. 158-159)

³⁶ Un ejemplo lo encontramos en los esfuerzos llevados a cabo por los asesores científicos y el personal estadounidense que llegó a México en 1943. El programa fue, inicialmente, un intento por responder a las necesidades y prioridades de México a través de la construcción de redes que se ajustaran al modelo de concesión de tierras con el que habían trabajado en su país de origen.

de la que se beneficiaría posteriormente la Revolución Verde. Se asignaron recursos significativos —sobre todo por parte de la FR— a la investigación básica, con el objetivo último de utilizar el conocimiento generado para mejorar la cantidad y calidad de los cultivos de alimentos básicos (Harrar, *The agricultural program of the Rockefeller Foundation. Guide/Kalkhoff/Burn*, 1956, pág. 18). Con ello, se buscaba mejorar los cultivos de alimentos de gran importancia para el país de acogida, satisfacer las necesidades de una población en rápido crecimiento, reducir los niveles de importación de alimentos básicos, aumentar el consumo interno y potenciar la exportación (Harrar J. G., 1956, pp. 18-22; Serrano-Bosquet y Caponi, 2014, pp. 158-159).

Primeras reuniones y negociaciones entre el gobierno estadounidense y la FR en torno a la posible implementación de un Programa Agrícola en México

La literatura especializada nos recuerda, presenta y describe las reuniones, así como las conversaciones, que Henry A. Wallace mantuvo tras su regreso a los EE. UU. con varios funcionarios de la Fundación Rockefeller. Encuentros llevados a cabo en su oficina del Senado en los que conversaron sobre el ambiente social, político y económico de México, pero, sobre todo, sobre sus temores e ideas en torno a la situación agrícola del país vecino. Ahora bien, a pesar del gran interés que Wallace mostró sobre un posible programa de ayuda al desarrollo agrícola mexicano tanto en sus conversaciones como en las cartas que envió durante el tiempo que duró su viaje, estas reuniones y los primeros esfuerzos en esa dirección se llevaron a cabo gracias al impulso inicial dado por el embajador Josephus Daniels.

A inicios de 1941 Josephus Daniels viajó a Raleigh (Carolina del Norte) con el fin de visitar a su familia. En esas mismas fechas John Ferrell asistió en la misma localidad a una conferencia de la Administración de Seguridad Agrícola sobre nutrición rural en el sur del país (Olsson, 2013, p. 210). Inspirado por sus conversaciones con Henry A. Wallace, Daniels no dudó en comunicarse con Ferrell y el 12 de enero se reunieron en su casa. La conversación se centró

principalmente en la posible aceleración del progreso de México si se adaptaban a las condiciones locales las actividades desarrolladas por la Fundación Rockefeller en el sur de los Estados Unidos, en áreas como salud, educación y agricultura. Después de relatar sus conversaciones con Wallace en México y las simpatías del vicepresidente electo por un programa como este, Daniels instó a Ferrell a reunirse con el vicepresidente en Washington acompañado, de ser posible, por el presidente de la Fundación Rockefeller, Raymond Fosdick (Olsson, 2013, p. 210; Ferrel, 1941a).

Convencido por Daniels, Ferrell intentó agendar una cita con Wallace a través de M.L. Wilson, por entonces director del Servicio de Extensión del USDA, a la vez que redactaba un largo memorando titulado «*Aid to Mexico*» (Ferrel, 1941a). Un documento en el que recogía sus ideas y las de Daniels en torno a la necesidad y posibilidad de extender el *Southern Agricultural Program* (SAP) de la *General Education Board* (GEB) a México. Este texto, que germinaría posteriormente como semilla de la Revolución Verde, hacía eco también de las principales ideas y conclusiones a las que habían llegado y que, entendían, era importante compartir con Fosdick y Wallace. Ambos (Ferrell y Daniels), habían conocido en persona los principales problemas que durante décadas habían azotado los estados sureños de su país y, para ambos, era evidente que la situación de México era muy similar a la que tuvo que enfrentar el sur después de la guerra civil. Si la educación —vendrían a decir—, la agricultura y la salud pública de los estados del sur se habían visto enormemente acelerados durante cerca de cuarenta años gracias —en buena medida— a los apoyos dados desde las diversas juntas y campañas filantrópicas Rockefeller, ¿por qué no hacer ahora algo parecido en México? Ese país —señalaba Ferrell en su informe— «probablemente agradecería una extensión de esta ayuda para incluir una adaptación del programa agrícola del sur de la Junta General de Educación» (Olsson, 2013, p. 211). Su propuesta inicial podía resumirse en tres puntos:

- 1) A pesar de las grandes críticas recibidas, el ejido y las escuelas ejidales construidas durante el sexenio previo de Lázaro Cárdenas eran un primer e importante paso para terminar con la pobreza rural en

México.³⁷ Habían sido bien concebidas y tan buenas como cabía esperar a la luz de las condiciones en las que se encontraba el país. De ahí que —señalaba— un eventual programa de la Fundación debía basarse en el trabajo conjunto y no, como había ocurrido en otras ocasiones, contra ellos.

- 2) El método de demostración del Prof. Seaman A. Knapp era importante y un excelente modelo en el que basarse, pero no era el único de los aplicados en el *Southern Agricultural Program* que podría aprovecharse en México.
- 3) Valía la pena examinar si el tipo de asistencia que la Administración de Seguridad Agrícola en los Estados Unidos brindaba a las familias de bajos ingresos en comunidades agrícolas, podría adaptarse a las condiciones de México. Al igual que los aparceros del sur, los campesinos mexicanos también podrían beneficiarse de pequeños préstamos, así como de la ayuda y supervisión por parte de agentes agrícolas y economistas domésticos. De hecho, en ambas naciones, había precedentes de ayuda gubernamental a las familias agrícolas pobres. De ahí que —y esta era la conclusión más importante a la que Ferrell quería llegar— la revisión y posible aplicación contextualizada del *New Deal rural* a un programa de ayuda mexicana, fuera prioritario (Olsson, 2013, pp. 211-212).

Ferrell presentó este memorando a Fosdick el 27 de enero quien, convencido, escribió a Wallace el 29 de enero. En la tarde del 3 de febrero de 1941, Wallace, Fosdick y Ferrell se reunieron en Washington para discutir los problemas de la pobreza rural mexicana y sus posibles soluciones (Olsson, 2013, pp. 211-213).

³⁷ El mismo Henry A. Wallace había señalado algo muy parecido en el informe que sobre su viaje le hizo llegar al secretario de Estado, Cordell Hull (Wallace H. A., 1940a).

Conversaciones formales entre la Fundación Rockefeller y el gobierno estadounidense

Durante la reunión mantenida con Fosdick y Ferrell, Wallace les hizo saber de su creciente preocupación ante la insuficiente productividad agrícola mexicana para alimentar a una población creciente. Temía que México no llegara a ser autosuficiente alimentariamente (Ortoll 2003, p. 83) y que ello pudiera desencadenar importantes revueltas. Eso era peligroso para los EE. UU., sobre todo, teniendo en cuenta que estaban en plena Segunda Guerra Mundial. A pesar de ello —apuntó Wallace también— estaba convencido «de que la Economía Agrícola de México podría progresar considerablemente si alguna institución desinteresada cooperaba en un programa para aumentar y mejorar su producción» (Andesa, 1964, p. 131).³⁸ Más aún, Wallace externó a la Fundación Rockefeller que, si se conseguía incrementar la producción de maíz, frijol, trigo, arroz o patatas en los países donde los estándares nutricionales eran inadecuados, se estaría contribuyendo a la paz mundial y al desarrollo de las artes de la civilización más efectivamente, que a través de cualquier otro método que pudiera ser ideado (Rockefeller Foundation, 1945, p. 21).

En lo que concernía al caso mexicano, su propuesta se reducía al desarrollo de un programa de mejora del cultivo del maíz y el frijol, dos alimentos básicos de la dieta nacional, a través de demostraciones prácticas agrícolas eficientes ubicadas en la meseta donde la población era más densa. Ferrell y Fosdick, por su parte, propusieron sumar un programa de ayuda a los pequeños agricultores en la misma línea que, en su momento, había hecho la *Farm Security Administration* en los Estados Unidos (Olsson, 2013, p. 213). Wallace respondió, en ese sentido, que el gobierno mexicano ya estaba diseñando campañas similares y que lo más útil sería centrarse en el material vegetal y las prácticas agrícolas, además de abogar por estudios sobre nutrición y las posibles deficiencias de la dieta mexicana.³⁹

³⁸ ANDESA: Asociación Nacional de Directores de las Escuelas Superiores de Agricultura.

³⁹ A principios de marzo Wallace escribió a Marte R. Gómez para hacerle saber de su reunión con los funcionarios de la Fundación Rockefeller (Harrar, 1980, págs. 1-2).

Primeros pasos para el diseño de una propuesta

En una reunión posterior, celebrada concretamente el 18 de febrero de 1941, Ferrell, Fosdick y Joseph Willits (de la División de Ciencias Sociales de la Fundación Rockefeller), Albert Mann [vicepresidente de la *Junta General de Educación* (GEB, por sus siglas en inglés) y director del *New Southern Program* (NSP)], Frank Blair Hanson y Harry Miller (ambos biólogos que trabajaron en la división de Ciencias Naturales de la Fundación Rockefeller), discutieron en torno a las opiniones de Wallace. El principal objetivo era considerar formalmente la posibilidad de poner en marcha un programa agrícola en México y, de ser la respuesta positiva, cuáles deberían ser los primeros pasos.

Fosdick abrió la reunión enfatizando la necesidad de que el programa tuviera como uno de sus ejes principales la organización de demostraciones con especialistas como las llevadas a cabo veinte años atrás por la *Junta General de Educación* en el sur de los EE. UU. Esfuerzos que, como había quedado demostrado, contribuyeron realmente a la mejora del nivel de vida de la gente.

Si bien A. Mann era la única persona de las allí reunidas que sabía realmente algo sobre agricultura, y por lo tanto parecía la opción más evidente para dirigir el programa, al final de la junta se acordó que dicho proyecto estuviera bajo el mando de la división de Ciencias Naturales de la Fundación Rockefeller y fuera dirigido por Frank Hanson.

El acuerdo alcanzado señalaba también que éste último, F. Hanson, y A. Mann, redactarían conjuntamente un memorando sobre un posible acercamiento agrícola a México. Sin embargo, fue finalmente Mann quien lo redactó y, por consiguiente, quien dio orientación a las principales bases sobre las que se asentaría inicialmente el proyecto.

Mann confiaba en su experiencia con los problemas rurales del sur de los Estados Unidos y apostaba por buscar modelos e inspiración en el *New Deal*. Eso significaba, en primer lugar, que la campaña de la Fundación Rockefeller debería basarse en una estrategia doble. Por un lado, era necesario llevar a cabo campañas inmediatas dirigidas a la utilización más efectiva de conocimientos y prácticas agrícolas mejoradas a través de demostraciones. Al modo, como ya hemos señalado, de los llevados a cabo por los servicios de

extensión agrícola y las *Farm Security Administration* de los Estados Unidos. Por otro lado, era necesario poner en marcha programas que ayudaran en la capacitación de científicos mexicanos en ciencias agrícolas básicas, como la química y biología del suelo, fitomejoramiento, genética y patología de plantas (procedimiento a largo plazo).

En caso de que se aceptara la propuesta —señalaba A.R. Mann (Ortoll, 2003, p. 217)— sería necesario identificar primero los problemas básicos de la agricultura mexicana y, posteriormente, aquellas áreas en las que pudieran alcanzarse resultados rápidos y significativos. En cualquier caso —siguió apuntando Mann—, sería suficiente con desarrollar inicialmente un plan para el mejoramiento genético de plantas; profundizar en la ciencia y fertilidad del suelo y optimizar la cría de ganado.⁴⁰ Para ello, recomendaba enviar a México dos hombres que llevaran a cabo una encuesta preliminar. Uno de ellos —sugería Mann— debía ser especialista en plantas y el otro, con una orientación más social, estar familiarizado con la educación agrícola, la investigación, la extensión y la organización de empresas especiales como las gestionadas por la ya mencionada *Farm Security Administration* (Olsson, 2013, p. 217).

A pesar de dichas recomendaciones, Frank Hanson decidió enviar a México solo a un hombre: su colega de Ciencias Naturales, Harry Miller. Fue un grave error, tal y como se desprende de su informe final, las metodologías de observación llevadas a cabo y el desdén con el que sus propios colegas y directivos de la Fundación Rockefeller (Fosdick, Mann, e incluso Hanson) acogieron el documento (Olsson, 2013, p. 218). Una desestimación motivada por una aparente falta de objetividad y conocimiento del terreno⁴¹ que, si bien

⁴⁰ Inicialmente tanto los responsables de la FR como Henry Wallace estaban convencidos de que México necesitaba un programa integral que incluyera salud pública, educación y agricultura. Sin embargo, desde la Fundación pudieron ver muy pronto que todo lo que tuviera que ver con educación en México podía resultar excesivamente comprometido. Ello, y el hecho de que ya existiera un programa de salud pública, hizo que desde el principio se pensara en un programa exclusivamente agrícola (Fitzgerald 1986, p. 462).

⁴¹ En la «Historia oral de Miller» podemos ver que fue invitado por Weaver a pasar cinco años en Latinoamérica para establecer un programa de Ciencias Naturales; visitó México con el Dr. Robert Lambert, en marzo de 1941 hizo un estudio sobre la educación agrícola en México y, durante su viaje por el país conoció a Eduardo Morillo Saffa y a Marte R. Gómez. Es a su regreso de México cuando se le solicita participar en la elección de los miembros del *Agricultural Survey Commission*. Fue él, además, quien escribiera directamente a Marte R. Gómez para informarle de la comisión el 21 de junio de 1941 (Cobb, Harry M. Miller, Jr., 1967, pp. 15-23).

ya era evidente para todos los implicados, lo fue más a raíz de la nueva visita que el mismo Ferrell hizo a México en enero de 1941 a instancias de Josephus Daniels (Ferrell, 1941b).

Tras dicho viaje, y más convencido aún que antes de la necesidad de organizar demostraciones prácticas y simples en líneas que se establecieran elementales —y no solo dar becas a científicos tal y como concluía el informe de Miller—, Mann convenció a Fosdick de organizar un nuevo equipo. Sugería, a raíz de lo ocurrido en la experiencia previa, que en esta ocasión tres científicos llevaran a cabo una nueva (mejor y más robusta) comisión para el levantamiento de encuestas agrícolas en México. Fosdick encargó a Mann, Hanson y Miller consensuar el perfil de los tres comisionarios que trabajarían bajo la figura de una *Agricultural Survey Commission*.

Los diálogos y las discusiones sobre las características más adecuadas de quienes deberían llevar a cabo esta nueva empresa concluyeron con un acuerdo. La encuesta —ultimaron— requería expertos en tres campos distintos muy específicos siendo elegidos para cada puesto: Paul Mangelsdorf (experto en el cultivo del maíz), Richard Bradfield (especialista en estudios de suelos) y Elvin C. Stakman (fitopatólogo) (Cobb W. , 2018; Olsson, 2013).

A principios de junio los tres científicos fueron convocados en las oficinas de la Fundación Rockefeller en Nueva York para ser informados con más detalle sobre los objetivos que buscaba cumplir la Fundación con sus estudios sobre la agricultura mexicana; sobre los orígenes del mismo programa, destacando las contribuciones de Wallace, Ferrell y las experiencias anteriores de la Junta General de Educación y, sobre todo, de la necesidad existente de que se reunieran, nada más llegar a la Ciudad de México, con Josephus Daniels. Igualmente, se les hizo saber que el futuro programa en México operaría en dos niveles. El primero de ellos práctico —como ya señalamos— estaría relacionado con la comunicación de avances científicos y mejores prácticas a los agricultores mexicanos. El segundo, de más largo aliento y alcance, era reforzar la investigación científica nacional (Olsson, 2013, p. 223).

A finales de junio la *Survey Commission* comenzó su viaje y, tras dos meses y medio de gira por México, la Comisión preparó un informe en el que se identificaban los principales problemas de la agricultura mexicana y se ofrecía

una serie importante de recomendaciones. En dicho informe, presentado en septiembre de ese mismo año, aseguraba que era el momento apropiado para llevar a cabo en México un amplio programa de intervención agrícola. De esta manera, se reconocía y sugería que, a pesar de las numerosas voces que apuntaban otra cosa, el ejido debía fungir como la *unidad base* del futuro programa de la Fundación. La visión crítica de los ejidos —señalaba el informe—, compartida por la mayoría de los grandes terratenientes, se intentaba justificar a partir de la baja productividad agrícola de México. Una baja productividad que se debía principalmente —según estos informantes— al sistema ejidal. Por lo que —concluían—, no se podía lograr una mejora de la productividad mientras este sistema existiera. Sin embargo —señalaban los tres científicos— la primera parte de la afirmación (la baja productividad agrícola en México era resultado del sistema ejidal) era una simplificación excesiva y, la segunda parte, probablemente falsa. Coincidían, además, en señalar que la penosa situación del campo mexicano, no se debía a su organización social en la era post-Cárdenas, sino a la gran división y estratificación social existente en el país y la falta de técnicas efectivas de cultivo.

En el informe se apuntaba además la impropia tendencia estadounidense, que hasta la fecha se seguía dando, de reprochar a los mexicanos su excesiva obsesión por y los grandes esfuerzos hechos en el diseño e implementación de servicios sociales. La recriminación que cabía, que debía que hacerse, eso sí, era a la insuficiente base científica con la que procedían. El «celo social» de los reformadores mexicanos —insistieron Stakman, Mangelsdorf y Bradfield—, no debía ser frenado, pero sí complementado con un importante incremento de su «celo científico». Con el desarrollo de un paquete de técnicas científicas apropiadas para los ejidatarios sería posible —señalaba el informe de la Comisión de Encuestas— fortalecer la posición de los pequeños propietarios de todo México (Olsson, 2013, p. 226).

Por otro lado —recomendaba también el informe—, era conveniente centrarse en cultivos básicos de la alimentación mexicana, productos de consumo doméstico, en lugar de aquellos destinados a la exportación. Ello, unido a la recomendación de trabajar directamente con, y no independientemente de, la Secretaría de Agricultura de México, rompía drásticamente con

los esfuerzos de desarrollo agrícola estadounidenses llevados a cabo hasta entonces en territorio mexicano. Ambos serían objeto de grandes discusiones en el futuro.

Tal y como se les había solicitado, en el informe se identificaban los principales problemas cuya resolución resultaba fundamental para el éxito del futuro programa. Stakman, Mangelsdorf y Bradfield señalaron cuatro: a) la mejora de la gestión del suelo y las prácticas de laboreo; b) la introducción, selección y desarrollo de variedades superiores de cereales y legumbres; c) el control de plagas y enfermedades a escala nacional; d) la introducción de mejores razas de animales de granja, principalmente de ganado (Fitzgerald, 1986, p. 464).

En el caso del maíz se mostraron escépticos en torno a la pertinencia de introducir semillas de maíz híbrido. En ese sentido —apuntaban— las semillas debían «comprarse de nuevo cada año, y el pequeño agricultor en México no tiene dinero ni iniciativa para hacerlo» (Olsson, 2013, p. 226).

Para poder dar cuenta de estos problemas recomendaban el mantenimiento de una comisión de cuatro personas en México que, conformada por un agrónomo, un criador de plantas, un patólogo de plantas y entomólogo, así como un mejorador animal, trabajara en estrecha cooperación con la Secretaría de Agricultura. Se esperaba que, de esa forma, fuera posible llevar a cabo experimentos e investigaciones, establecer prácticas reguladoras y enseñar a los agricultores a través de la extensión y la educación de adultos (Fitzgerald, 1986, p. 464).

El 29 de octubre Fosdick y Henry Wallace se reunieron en Washington para analizar y discutir el informe. Este último lamentaba la falta de claridad existente en torno a la forma en la que funcionaría la extensión de los métodos científicos, pero confiaba que ello no significara que no se fuera a realizar ningún trabajo de demostración. Wallace tenía motivos para sentirse inquieto. Esta cuestión era sumamente importante y representaba uno de los principales puntos de tensión existente entre los distintos actores que participaban en esta etapa inicial. Una tirantez y resistencia entre investigación y demostración que representaba las diferentes visiones que, sobre el programa, tenían, por un lado, el *ala sur* de las filantropías y, por otro lado, los investigadores que habían escrito el informe de la encuesta.

En otras palabras, tanto el informe como la forma en la que éste fue recogido, ponía de manifiesto las distintas voces —y por tanto tensiones— que había al interior de la FR en torno al programa. Veamos con un poco más de detalle.

Pluralidad de voces

Tal y como señalamos previamente, para los agrónomos norteamericanos el problema de la baja producción en el campo mexicano podría solucionarse a partir del estudio y aplicación de un programa de asistencia técnica viable. Es decir, por medio del desarrollo de «la genética y la creación de plantas, la protección vegetal, la ciencia de los suelos, la administración ganadera y la administración agrícola general» (Oasa y Jennings, 1982, p. 986). Ahora bien, aunque la mirada predominante era principalmente científicista, no todos los involucrados ignoraban completamente los factores de desarrollo histórico y social. Entre estos, hubo quienes acertaron a ver cómo la Reforma Agraria, una de las mayores aspiraciones de gran parte de la población —incluso desde antes de la Revolución—, era un elemento que debían considerar. Dado que, el paso de una agronomía centrada principal, pero no exclusivamente, en grandes latifundios, a otra conformada esencialmente por minifundios, podía condicionar el desarrollo de cualquier programa (Stakman, Bradfield, y Mangelsdorf, 1967, p. 22).⁴²

Más aún, si bien Oasa y Jennings señalan que, a pesar de este reconocimiento social, Stakman, Bradfield y Mangelsdorf ignoraron las profundas escisiones existentes entre los distintos actores y, cómo ello podía impactar en la aplicación de cualquier programa (1982, p. 988), encontramos algunas notas

⁴² Si ciertamente desde el siglo XIX existían en México diversas formas de producción agropecuaria y propiedad de la tierra —haciendas, ranchos, condueñazgos, comunidades rurales, comunidades indígenas, congregaciones, propiedad comunal, ejidos, etc.— en los documentos de la FR no encontramos más referencias que a latifundios y minifundios. En nuestro intento por reproducir con la mayor objetividad posible la visión que los funcionarios de la fundación norteamericana tenían del campo mexicano, nos limitamos a utilizar estos dos términos. Ello nos da ya una idea del conocimiento tan parcial desde el cual se tomaron las decisiones, a pesar de las advertencias y señalamientos que un pequeño grupo de directivos y asesores alcanzó a realizar.

que parecen apuntar en otra dirección.⁴³ Los funcionarios de la FR contratados para esta comisión señalaban en su informe que, una de las cuestiones clave a la que debía responderse antes de diseñar y poner en marcha cualquier programa, era en manos de quién tenía que ponerse el mejoramiento de la agricultura. ¿En la de los hacendados, los ejidatarios o de los peones sin tierra? En su informe, Bradfield, Stakman y Mangelsdorf reconocían que si bien podría obtenerse un progreso más rápido iniciando el proyecto desde la cima de la pirámide e ir posteriormente hacia abajo (estrategia *top-down*),⁴⁴ era pertinente utilizar una estrategia diferente: iniciar en la base y, desde ahí, continuar hacia arriba (1941/12/03, p. 3). La lógica era muy sencilla. De poco serviría —vendría a decirse en el informe— el desarrollo de programas de mejoramiento de las escuelas vocacionales de agricultura y de labor de extensión, si previamente no se preparaba mejor a los profesores; la extensión no podía mejorar, mientras no se mejorara a los extensionistas y, el trabajo de investigación no podría ser más productivo mientras los investigadores no adquirieran mayores competencias.

Ahora bien, eso no significaba necesariamente dejar el desarrollo de la agricultura mexicana en manos de las instituciones de educación superior. Si bien las perspectivas y puntos de partida de unos directivos y otros de la FR eran diferentes en principio, había cierto consenso en torno a la necesidad de contar y recurrir a actores sociales que estuvieran más allá de las aulas y laboratorios. Es el caso de J.A. Ferrell quien, en una reunión de directivos celebrada el 18 de febrero de 1941, señalaba cómo los grupos de educación superior evitaban relacionarse con las clases sociales más bajas. De ahí —señalaba— la pertinencia de que la FR se vinculara por un lado con los productores y niveles inmediatamente superiores a los mismos; por otro con el gobierno. Si una parte de éste —advertía— no estaba preparado para participar en este

⁴³ Ni ellos ni la dirección de la FR que finalmente tomó las decisiones llegaron a tener —tal y como estamos viendo— un conocimiento oportuno de la realidad del campo mexicano y las implicaciones que, a futuro, tendría desde un punto de vista social, cultural y ambiental la puesta en marcha de un proyecto que intentaba reproducir el modelo estadounidense. Sin embargo, eso no significa —como también iremos constatando— que hubiera una ignorancia completa al respecto. Estas consideraciones de Stakman, Bradfield y Mangelsdorf pueden considerarse como unas primeras —pero claramente insuficientes— pruebas de ello.

⁴⁴ Tal y como H.A. Wallace y la dirección de la FR habían apuntado inicialmente, siguiendo una tradición de más de 40 años de asistencia técnica. Sobre esta idea volveremos más adelante.

esfuerzo externo, se corría el riesgo de despertar el resentimiento en lugar de la bienvenida. El avance dependerá —apuntaba J.A. Ferrell— de nuestra capacidad para asegurar los recursos y mantener los liderazgos gubernamentales (Rockefeller Foundation, 1941/02/18, p. 4).

John A. Ferrell no era el único que conocía bien América Latina y tenía una mirada sensible y consciente sobre la dimensión social y cultural del programa. Joseph H. Willits, director entonces de la División de Ciencias Sociales (1939-1954), sugirió en la misma reunión de directivos que, antes de ir excesivamente lejos, la primera tarea de la FR era estar seguros de que entendían suficientemente bien qué era América Latina. Para ello —señaló Willits (Rockefeller Foundation, 1941/02/18, p. 3)— parecía oportuno solicitar la opinión de alguien familiarizado con la realidad latinoamericana y la posibilidad de llevar a cabo un programa de asistencia técnica en México. La persona más indicada para ello —señaló Willits— era Carl O. Sauer, a quien ya conocían en la institución —según recoge la minuta de la reunión— «por sus propuestas de apoyo a ciertos proyectos de investigación en la región. Unos proyectos que hacían hincapié en la importancia de los estudios sociales para el entendimiento de los problemas latinoamericanos» (Rockefeller Foundation, 1941/02/18, p. 3).

Willits y Sauer se conocían desde antes, al menos desde que ambos coincidieron en el Consejo Asesor de Redistribución de la Población, una de las varias agencias gubernamentales creadas por F.D. Roosevelt durante la Depresión (Parsons, 1996, p. 378). En el caso de la relación entre Sauer y la FR, ésta inició también antes de que Willits fuera director de la División de Ciencias Sociales de esta institución. Sauer ya había disfrutado previamente de varios apoyos como parte del claustro de profesores de la Universidad de California y, en 1937 había hecho llegar a los oficiales de la FR una propuesta formal para la creación de un instituto de estudios latinoamericanos.⁴⁵

Allende de esos y otros proyectos de colaboración conjunta, hay —en lo que respecta al tema que ahora nos ocupa— un memorándum escrito a puño y letra por Sauer en el que da cuenta de las ideas de H.A. Wallace sobre el

⁴⁵ Concretamente, Carl O. Sauer envió un primer prospecto de 10 páginas, al que posteriormente se la añadió un importante anexo el 30 de julio.

programa que, éste, recomendó a la FR llevar a cabo en México (Sauer C. O., 1941). Un memorándum hecho manifiestamente para la FR cuya recepción fue firmada por John A. Ferrell y David H. Stevens (director de Humanidades) entre otros, el 5 de febrero de 1941. Es decir, 13 días antes de la junta en la que se propuso a Sauer como posible asesor.

Tras el examen y estudio tanto de las ideas de H.A. Wallace como del proyecto agrícola de la FR, la opinión de Sauer fue concluyente: «los mejoramientos de la productividad agrícola se deberían dirigir hacia los campesinos más pobres del campo, considerando las funciones y necesidades de sus diversos alimentos en sus cocinas» (Sauer, 1941/02/10. Tomado de Oasa y Jennings, 1982, p. 988).

Las prácticas agrícolas mexicanas —señalaba— eran excelentes en su mayoría. La percepción de los agrónomos norteamericanos está equivocada ya que el problema del campo mexicano es económico, y no cultural o de atraso. La tradición agrícola mexicana —insiste— es enorme, y poco hay que enseñarles en ese sentido (Sauer, 1941/02/10. Tomado de Oasa y Jennings, 1982, p. 988).

Sauer fue más allá de lo esperado en un asesor. Además de hacer amplios comentarios y recomendaciones, previno de las consecuencias que la aplicación del mismo modelo de agricultura comercial estadounidense, podrían darse en el país vecino:

Un grupo emprendedor —vendría a decir— de agrónomos y criadores de plantas de los Estados Unidos, podría arruinar los recursos nacionales mexicanos para siempre, si hace hincapié en sus variedades comerciales norteamericanas (...) La agricultura mexicana no puede orientarse hacia la estandarización de unos cuantos tipos comerciales sin perturbar irremediablemente la economía y la cultura del lugar (...) Si los norteamericanos no entienden eso sería preferible que no fuesen a ese país para nada (Sauer, 1941b. Tomado de en Oasa y Jennings, 1982, p. 988 y Parsons, 1996, p. 381).

Sus ideas y evaluaciones del programa fueron sucediéndose a lo largo de los años y quedaron recogidas, principalmente, en la correspondencia que mantuvo con Willits. En una de ellas, fechada el 20 de mayo de 1944, comparte

con su amigo algunas reflexiones surgidas en torno al proyecto y la forma en la que —paradójicamente— percibía el desarrollo del mundo académico y científico estadounidense. Para Sauer, no había duda de que ambas cosas estaban relacionadas.

La libertad y curiosidad intelectual que defendía tenía que enfrentarse en esos días ante el imperativo de repensar los proyectos de investigación en función de los valores, bienes e intereses de los otorgantes; de reditarlos en aquellos términos que se entendían predilectos por quienes los aprobaban o desaprobaban (Sauer C., 1944, p. 1).

Cuando los planificadores vienen con su sabiduría y objetivos limitados, se obtiene —denunciaba— una supresión y estandarización cuya materialización es posible gracias a aquellos que, como Leonard,⁴⁶ representan el espíritu sindical; fungen como portavoces de una serie de estándares, de patrones epistemológicos y metodológicos *ad hoc* a los intereses y visiones de fundaciones y gobiernos, bajo los cuáles estas instituciones asignan trabajos y proyectos (Sauer C., 1944, p. 1).

En el caso de los estudios latinoamericanos —denunciaba Sauer— las fundaciones y universidades seleccionaban a personas cuyas credenciales estaban en orden según su patrón (Sauer C., 1944, p. 1). Los investigadores, por consiguiente, hacen lo que la fundación o el gobierno quiere que haga. Estas son, por tanto, las verdaderas planificadoras y organizadoras de la investigación científica, árbitros de quién trabaja y quién no,⁴⁷ de en qué se trabaja y en qué no, y cómo, bajo qué paradigmas y metodologías (Sauer C., 1952, p. 1).

Bajo esta perspectiva —Sauer señala— debemos observar el PAM. Si bien comenzó con un objetivo relativamente inocente, como lo era el de cultivar mejores plantas alimenticias, luego dio un paso peligroso gracias al apoyo dado por investigadores con el perfil anteriormente denunciado. Un paso —decíamos— hacia el rediseño de la economía agrícola y la puesta en funcionamiento

⁴⁶ C.O. Sauer se refiere a Harry Leonard Sawatzky, uno de sus estudiantes de posgrado con los que conformaría la Escuela de Geografía Latinoamericanista de Berkeley.

⁴⁷ En ese sentido, Sauer señala explícitamente que las fundaciones y los gobiernos seleccionan solo a las personas que harán lo que se les pide y de las que obtendrán los resultados deseados. Aquellas otras que disienten de los objetivos o procedimientos son consideradas «no cooperativa» y, por consiguiente, no utilizables (Sauer C. O., 1952, p. 1).

de una Nueva Agricultura, lo que significaba unirse a los funcionarios locales para hacer y ejecutar la política oficial. Eso—apuntaba Sauer— ya no era algo inocente, era intervención de un grupo extranjero en el gobierno de un país (Sauer C., 1952, p. 1).

Pero, se pregunta, ¿por qué tenemos la manía de rehacer a otras personas? ¿Por qué esa suposición de sabiduría superior, esta horrible esperanza de que la ciencia y las ciencias sociales organicen a toda la humanidad en un hormiguero que se arrastra? (Sauer C., 1952, p. 1). Ya en la carta previa, había advertido que no hay fundamento o razonamiento alguno que legitime intentar reproducir en otras civilizaciones la división del conocimiento que nosotros hemos llevado a cabo. Máxime, cuando dicha división responde más a razones curriculares, que a la forma en la que se adquiere realmente el conocimiento (Sauer C., 1944).

«¿Es que acaso México —se llega a cuestionar— es una especie de campo de práctica donde se puede ensayar la campaña que más adelante se llevará contra el enemigo?» (Sauer, C., 1952, p. 1) ¿Por qué si no querer cambiarlos y convertirlos en una máquina de producción acelerada que está destinada a destruir el equilibrio ecológico y sus costumbres? (Sauer, C., 1952, p. 2). A lo que llamamos aumento de producción —delata— es aumento de extracción, el potencial de fertilidad es limitado. En el largo plazo tenemos que devolver a los suelos la mayor parte de lo que sacamos de ellos (Sauer, C., 1952, p. 2).

En ese sentido —señala— excepto en aquellas situaciones en las que han tenido que vivir durante demasiado tiempo en muy poco terreno o la erosión les ha quitado parte del suelo, los agricultores mexicanos se acercan a un modo de vida que roza el equilibrio ecológico (Sauer, C., 1952, p. 2). De ahí —infiere Sauer— la necesidad de reconocer el valor histórico y cultural de las plantas que cultivan y comen, de sus cocinas, de sus costumbres comunitarias Sauer, C., 1952, p. 2). En ese sentido —viene a decir— el saber estadounidense tiene menos que ofrecer a los mexicanos de lo que creen los planificadores. Si los agricultores mexicanos necesitan algo —advierte— pueden venir aquí y conseguir lo que quieran. No debemos —concluye— despreciar a la gente del pueblo. Lo que cultivan y cómo lo hacen tiene un sentido, no es fruto de la ignorancia o la superstición.

Carl O. Sauer no fue el único crítico con el programa. De manera más mesurada directores de distintas divisiones y departamentos de la fundación disentían tanto de la propuesta inicial de H.A. Wallace, como de la idea que inicialmente se manejaba desde la dirección general. Todos, en cualquier caso, parecían coincidir en la necesidad de implementar un programa de mejora agrícola. La óptica, es decir, la filosofía desde la cual llevarlo a cabo, eso sí, era muy diferente.

En términos generales, por un lado, tanto H.A. Wallace como la dirección general —representada principal y evidentemente por Fosdick— pensaban en un programa de asistencia muy parecido al llevado a cabo en el sur de los Estados Unidos basado en el extensionismo. Por otro lado, los representantes de los distintos departamentos involucrados planteaban un programa de corto alcance temporal, una especie de paréntesis mientras concluía la Segunda Guerra Mundial y la FR podía volver al viejo continente.

Un ejemplo de la tensión existente entre las distintas visiones internar la encontramos en Albert R. Mann, quien hizo notar su inconformidad desde muy pronto. En la misma junta del 18 de febrero Mann señaló, a la luz de la pregunta de J. H. Willits sobre los intereses de la FR en América latina una vez concluyera la Segunda Guerra Mundial, y otra de Frank B. Hanson sobre la practicidad de un programa agrícola de tres o cinco años que, si bien no se requería de una gran cantidad de dinero, el programa tenía que durar más de cinco años (Rockefeller Foundation, 1941/02/18, p. 4). Con ello confirmaba una idea que ya había compartido a H.M. Miller a través de dos memorándums. Tanto el primero, fechado el 10 de febrero de 1941, como en el segundo, del 20 del mismo mes, A.R. Mann hacía a H.M. Miller dos observaciones para él fundamentales. Por un lado, «el desarrollo —vendría a decir— de una base científica competente para los cambios en la agricultura es un procedimiento a largo plazo» (Mann, 1941. Tomado de Cobb, 1956, p. 9); por otro lado, «los esfuerzos [a llevar a cabo] para mejorar la economía agrícola —como respuesta a los planteamientos extensionistas de H.A. Wallace— deben ser autóctonos y surgir de las habilidades nativas, las plantas y animales nativos y las características culturales de la gente», (Mann, 1941. Tomado de Cobb, 1956, p. 9).

El mismo Harry M. Miller fue otro personaje importante. A lo largo de 1941 realizó dos viajes a México y elaboró una serie de informes que fueron claves

para la organización de la Comisión de Encuestas, las relaciones interinstitucionales e intergubernamentales con el país vecino y, por extensión, para el diseño y posterior desarrollo del programa. Unos viajes, encuentros y por supuesto recomendaciones, que estuvieron fuertemente condicionados por sus numerosas entrevistas con especialistas estadounidenses y mexicanos sobre América latina en general y la agricultura en México en particular (Cobb W. C., 1956, p. 15).

Los informes de Miller —como señalamos— no cayeron en saco roto y, tanto éstos como las sugerencias de Mann y Sauer, así como sus propias experiencias, llevaron a los miembros de la Comisión a hacer una serie de recomendaciones que chocaban con las ideas iniciales de H.A. Wallace y la dirección de la FR. Al igual que Mann, Sauer y Miller, Bradfield, Stakman y Mangelsdorf lograron ver que el proceso de asistencia técnica en otros países, sobre todo en aquellos con escaso desarrollo científico, no era sencillo. Más allá del hecho de que no hubiera un importante esfuerzo en investigación básica, debía tenerse en cuenta razones ligadas íntimamente con la vida cotidiana y la cultura (Cobb W. C., 1956, p. 29).

Asimismo —señalaron—, el método de difusión o extensión en el que tanto insistía H.A. Wallace, sólo podía tener éxito cuando el extensionista era capaz de motivar fuertemente a quienes le escuchaban. Para ello era necesario, antes de poner en marcha cualquier programa de extensión, saber más de los contextos sociales y culturales en los que se llevaría a cabo cada proyecto.

Con sus recomendaciones, la Comisión echaba la llave a una tradición que —según recoge el informe (Cobb W. C., 1956, p. 28)— dominó el pensamiento estadounidense sobre la asistencia técnica durante cuarenta años. Cada misión agrícola que hasta entonces había llevado a cabo la Fundación Rockefeller, e incluso la mayoría de las instancias gubernamentales estadounidenses, lo habían hecho bajo la filosofía de «llevar la luz a los ignorantes. El mejor ejemplo de ello son los programas implementados en los estados del sur tras la guerra de secesión y, cuyo aparente éxito, invitaba a repetir los mismos modelos al otro lado de la frontera.⁴⁸

⁴⁸ Quienes deseen profundizar en el contexto y filosofía bajo la cual se llevaron a cabo estos programas en los estados sureños de los EE. UU., se recomienda revisar (Enríquez- Rodríguez, A. y Serrano-Bosquet, F.J. (2021).

El 3 de diciembre Frank Hanson y Albert Mann (representando a la FR y la GEB respectivamente), presentaron el informe ante el consejo de administración de la Fundación Rockefeller como una hoja de ruta sobre la que levantar un programa agrícola en México. La propuesta fue aprobada y se dio paso a la fase de análisis y definición de los aspectos administrativos del futuro programa.

Conclusiones

Como hemos podido observar, el programa finalmente presentado ante el consejo de la FR, el gobierno estadounidense y la Secretaría de Agricultura mexicana fue resultado de un encuentro, e incluso una lucha, entre distintas maneras de entender el «problema mexicano». En un contexto político nacional e internacional complejo, en el que la administración de Roosevelt aún debía hacer valer su programa de rescate frente a los intereses del orden establecido por los poderes fácticos, y con una Guerra Mundial cada vez más fuerte y cercana a sus fronteras, el PAM se presentaba como una oportunidad para reafirmar políticas internas y, al mismo tiempo, recuperar la influencia y el poder de Estados Unidos. Esto se veía como una forma de interacción entre experiencias previas particulares e intereses igualmente específicos y parciales, con un enfoque inicial en América Latina y, más tarde, en el resto del mundo.

La pluralidad de actores, bienes e intereses encontrados entre las diversas instituciones filantrópicas de Rockefeller y las agencias gubernamentales estadounidenses se volvía cada vez más evidente. Si en la literatura especializada constantemente se hace mención del PAM como un intento de llevar al país azteca (como preludio de una exportación global) el modelo productivo norteamericano, cabe preguntarse ¿en qué consistió o debía consistir éste? ¿Cuál era la mejor estrategia y cuáles los principales objetivos a perseguir? A lo largo del texto hemos explorado —y ese era nuestro objetivo principal— la existencia de distintas visiones y perspectivas. Muchas de ellas podrían organizarse en torno a pares de categorías o dicotomías, con todos los matices que caben entre unas y otras. Por un lado, vemos a quienes apostaban por una ampliación y tal vez tropicalización de los trabajos de campo llevados a cabo

por Knapp⁴⁹; otros que abogaban por incluir otras experiencias y modelos del Programa sureño, habiendo incluso quienes incluyeron el *Rural New Deal* pero también quienes —como es el caso de Miller— apostaban por reducir el programa a un conjunto de becas científicas.

La propuesta finalmente presentada por Frank Hanson y Albert Mann al Consejo de Administración de la FR trataba de recoger estas distintas voces, que todos los implicados se vieran, al menos inicialmente, representados.

El PAM comenzó formalmente en febrero de 1943, cuando J. George Harrar cruzó la frontera mexicana por Laredo. Su misión inicial era poner en marcha —junto a la SAF— un estudio científico sobre los principales problemas agrícolas que afectaban a México y desarrollar programas que permitieran la aplicación y extensión de los resultados obtenidos en los centros de investigación sobre mejoramiento de producción de cultivos alimentarios. Sobre este desarrollo y sus impactos tanto regionales como globales, damos cuenta en otros trabajos.

⁴⁹ Sobre la forma en la que la Fundación Rockefeller adoptó el modelo de trabajo de campo y comunicación científica desarrollado por Knapp y el papel clave que ello jugó posteriormente en el proceso de modernización de la agricultura latinoamericana y la Comunicación Pública de la Ciencia, véase el trabajo de Enríquez-Rodríguez y Serrano-Bosquet (2019, pág. 2).

Referencias

Archivos:

The Rockefeller Archive Center:

- *Archivo Visitado Físicamente*: Rockefeller Archive Center, 15 Dayton Ave, Sleepy Hollow, NY 10591, EE. UU.
- *Archivo Consultado por Internet*: <https://rockarch.org>

Illinois Digital Newspaper Collection: <https://idnc.library.illinois.edu>

Iowa Digital Library: <https://digital.lib.uiowa.edu>

Library of Congress: <https://www.loc.gov>

Bibliografía

Andesa. (1964). *Educación, investigación y extensión agrícolas en México ; estudio preliminar*. Monterrey: ITESM.

Ardila Falla, J. (2013). Reflexiones sobre el imperialismo norteamericano: la política agraria colombiana y la influencia estadounidense en la década de 1930. *Historia Crítica*(51), 171-195.

Bassols Batalla, A. (1971). Lázaro Cárdenas: algunas ideas sobre la obra económico-social de su gobierno. *Revista Latinoamericana de Economía*(6), 137-148.

Bénard, S. (1998). La consolidación de un estado nacional mexicano: democracia o nacionalismo. *Caleidoscopio*(3), 57-87. doi: <https://doi.org/10.33064/3crsesh263>

Blancarte, R. J. (1992). *Historia de la iglesia católica en México 1929-1982*. México: FCE. Recuperado el 26 de 01 de 2021

Borlaug, N. (2007). Sixty-two years of Wghting hunger: personal recollections. *Euphytica*, 287–297.

Cárdenas, E. (1987). *La industrialización mexicana durante la Gran Depresión*. México: El Colegio de México.

Cedillo, J. (2007). *Los nazis en México*. México, D.F.: Debate.

- Cedillo, J. (2010). *Los Nazis en México*. México: Debolsillo.
- Chacón, S. (april-june de 2000). La negociación del acuerdo militar entre México y los Estados Unidos, 1940-1942. *Foro Internacional*, 40(2), 307-344. Recuperado el 15 de 02 de 2021, de <https://www.jstor.org/stable/27738988>
- Chávez Rodríguez, G. M. (2015). México: un socio estratégico del Tercer Reich. *Fuentes Humanísticas*, año 29(51), 123-138. Recuperado el 26 de 01 de 2021, de <https://core.ac.uk/download/pdf/83080234.pdf>
- Cobb, W. (1967). Harry M. Miller, Jr. RF Records Oral History, Folder XXIII, Box 19, RG 13, Rockefeller Archive Center.
- Cobb, W. (1 de mayo de 2018). *The historical backgrounds of the Mexican Agricultural Program (annotated edition)*. Obtenido de 100 Years: The Rockefeller Foundation: https://rockfound.rockarch.org/digital-library-listing/-/asset_publisher/yYxpQfeI4W8N/content/the-historical-backgrounds-of-the-mexican-agricultural-program-annotated-edition-
- Cobb, W. C. (03 de 1956). The Estabblishment of the Mexican Agricutural Program (Annotated edition). *The Historical Backgrounds of the Mexican Agricultural Program (Annotated Edition)*, 47-90. Recuperado el 02 de 11 de 2020
- Cotter, J. (1994). The Origins of the Green Revolution in Mexico. Continuity or Change? En D. Rock, *Latin America in the 1940s. War and Postwar Transitions* (págs. 224-247). Berkeley: University of California Press.
- Cotter, J. (2003). *Troubled Harvest: Agronomy and Revolution in Mexico, 1880–2002*. Westport, Connecticut: Praeger.
- Cruz García, M. (2011). Gobierno y movimientos sociales mexicanos ante la Segunda Guerra Mundial. *Foro Internacional*, 51(3), 458-504. Recuperado el 15 de 02 de 2021, de <https://www.jstor.org/stable/23035606>
- Enriquez Rodriguez, A., & Serrano-Bosquet, F. J. (2019). El papel de la Junta General de Educación en la comunicación y divulgación agrícola. *Summa Humanitatis*, 11(1), 1-32. Recuperado el 15 de 02 de 2021, de http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/summa_humanitatis/article/view/22696/21833
- Enríquez-Rodríguez, A., & Serrano-Bosquet, F. (2021). The public communication of science: Angular stone of the Rockefeller Sanitary Commission

- for the Eradication of Hookworm Disease. *Social Sciences & Humanities Open*, 3(1), 100120. doi: <https://doi.org/10.1016/j.ssaho.2021.100120>
- Ferrell, J. (27 de Enero de 1941a). Aid to Mexico: Memorandum from John Ferrell to Raymond Fosdick. 1941 Stacks, Folder 3814, Box 561, Series 323, RG 2, Rockefeller Archive Center.
- Ferrell, J. (21 de Enero de 1941b). Carta de John A. Ferrell al Dr. George C. Payne. México, D. F., México: Agriculture 1933, 1941. Folder 2, Box 1, Series 323, RG 1.1, Rockefeller Archive Center.
- Fitzgerald, D. (1986). Exporting American Agriculture: The Rockefeller Foundation in Mexico, 1943-53. (L. Sage Publications, Ed.) *Social Studies of Science*, 16(3), 457-83.
- Gómez Galvarriato, A. (2014). Modernización económica y cambio institucional: del porfiriato a la segunda guerra mundial. En G. Márquez, *Claves de la historia económica de México: el desempeño de largo plazo (siglos XVI-XXI)* (págs. 91-125). México: FCE. Recuperado el 10 de 11 de 2020, de <https://elibro.net/es/ereader/consorcioitesm/110392?page=91>.
- González, L. (1981). *Historia de la Revolución Mexicana, período 1934-1940: los días del presidente Cárdenas* (1 ed., Vol. 15). México: Colegio de México. Recuperado el 28 de 01 de 2021, de <https://doi.org/10.2307/j.ctv233mtz>
- Harrar, J. G. (1956). *The agricultural program of the Rockefeller Foundation. Guide/Kalkhoff/Burn.*, (R. Foundation, Ed.) New York: Guide-Kalkhoff-Burn, inc.
- Harrar, J. G. (21 de Noviembre de 1980). The Mexican Agricultural Program. *Project on the publication of The History of the Mexican Agricultural Program*. Harrar correspondence, collateral int. Mexican Agricultural Program 1980-1981. Folder 185, Box 24, Series iv 2A26, Rockefeller Archive Center.
- Henderson, T., & LaFrance, D. (2009). Maximino Avila Camacho of Puebla. En J. Buchenau, T. Henderson, W. H. Beezley, F. Chassen-L Pez, M. A. Ervin, M. T. Fernandez Aceves, ... K. A. Harper, *State Governors in the Mexican Revolution, 1910-1952 : Portraits in Conflict, Courage, and Corruption* (págs. 157-176). Lanham, Maryland: Rowman & Littlefield Publishers.

- Jerade Dana, M. (2015). Antisemitismo en Vasconcelos: antiamericanismo, nacionalismo y misticismo estético. (U. o. Press, Ed.) *Estudios Mexicanos*, 31(2), 248-286. Recuperado el 02 de 02 de 2021, de <https://www.jstor.org/stable/10.1525/msem.2015.31.2.248>
- Jiménez Velázquez, M. (1990). La Fundación Rockefeller. *Comercio Exterior*, 4(10), 968-975. Obtenido de <http://revistas.bancomext.gob.mx/rce/magazines/167/7/RCE7.pdf>
- Katz, F. (1982). *La guerra secreta en México*. México: Era.
- Knigt, A. (2015). Carácter y repercusión de la Gran Depresión en México. En P. Drinot, & A. Knight, *La Gran Depresión en América Latina* (págs. 269-306). México: FCE.
- Krauze, E. (24 de 01 de 2013). Racismos convergentes. *Letras Libres*, Version digital. Recuperado el 02 de 02 de 2021, de <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/racismos-convergentes>
- Kuntz Ficker, S. (2010). *Las exportaciones mexicanas durante la primera globalización (1870-1929)*. México: El Colegio de México. Obtenido de <https://repositorio.colmex.mx/concern/books/5t34sk32f?locale=es>
- Lerner, V. (1976). El reformismo de la década de 1930 en México. *Historia Mexicana*(26), 188-215.
- Loaeza, S. (2013). La reforma política de Manuel Ávila Camacho. (E. C. Mexico, Ed.) *Historia Mexicana*, 63(1), 251-358. Recuperado el 15 de 02 de 2021, de <https://www.jstor.org/stable/23608662>
- Madow, P. (29 de Mayo de 1970). Entrevista con Dr. E. C. Stakman. Nueva York: TRF, Folder V5, Box 9, Series Oral Histories, RG 13, Rockefeller Archive Center.
- Mangelsdorf, P. (17 de octubre de 1946). Annual Meeting of the Advisory Committee. Mexican Agricultural Program. Agriculture. Folder 67, Box 10, Series 323, RG 1.1, Rockefeller Archive Center.
- Marín, Á. (Enero de 2010). Una misteriosa explosión. *Destiempos*, Año 4(23), págs. 9-16. Recuperado el 14 de 05 de 2019, de <http://www.destiempos.com/n23/amarin.pdf>
- Marino, D., & Zuleta, M. (2010). Una visión del campo. Tierra, propiedad y tendencias de la producción, 1850-1930. En S. Kuntz Ficker, *Historia*

- económica general de México. De la colonia a nuestros días* (págs. 437-472). México: El Colegio de México; Secretaría de Economía. doi:<https://doi.org/10.2307/j.ctv47wf39.18>
- Martínez Assad, C. (1979). La rebelión cedillista o el ocaso del poder tradicional. *Revista Mexicana de Sociología*, 41(3), 709-728. Recuperado el 28 de 01 de 2021, de <https://www.jstor.org/stable/3540089>
- Mena Munguía, S., & Ramírez Martínez, M. (2014). *Panorama de la agricultura en México*. Guadalajara: Editorial Universitaria: Universidad de Guadalajara.
- Meyer, L. (1981). *México y los Estados Unidos en el conflicto petrolero (1917-1942)* (2a edición ed.). México: El Colegio de México. Recuperado el 18 de 12 de 2020, de <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0924444>
- Meyer, L. (2017). La institucionalización del nuevo régimen. En I. Bernal, & I. Bernal, *Historia general de México* (págs. 578-618). México: El Colegio de México. Recuperado el 12 de 12 de 2020
- Michaels, A. L. (1971). Las elecciones de 1940. *Historia Mexicana*, 21(1), 80-134. Recuperado el 10 de 12 de 2020, de <https://www.jstor.org/stable/25134898>
- Niblo, S. R. (1999). *Mexico in the 1940s: Modernity, Politics, and Corruption*. Wilmington: Rowman & Littlefield.
- Oasa, E., & Jennings, B. (1982). La naturaleza de la investigación social en la agricultura internacional: la experiencia norteamericana, el IRRl y el CIMMYT. *El Trimestre Económico*, 49(No. 196 (4)), 975-1012. Recuperado el 27 de 10 de 2020, de <https://www.jstor.org/stable/23395733>
- Olsson, T. (2013). *Agrarian Crossings: The American South, Mexico, and the Twentieth-Century Remaking of the Rural World*. Athens, Georgia: PhD. Thesis, University of Georgia. Obtenido de https://getd.libs.uga.edu/pdfs/olsson_tore_c_201305_phd.pdf
- Orestes Aguilar, H. (2007). Ese olvidado nazi mexicano de nombre José Vasconcelos. *Istor*, 8(30), 148-57. Recuperado el 02 de 02 de 2021, de http://www.istor.cide.edu/archivos/num_30/coincidencias.pdf

- Ortoll, S. (2003). Orígenes de un proyecto agrícola: La Fundación Rockefeller y la Revolución Verde. *Sociedades rurales, producción y medio ambiente*, 4(1), 81-96.
- Pérez Montfort, R. (1989). Hispanismo y falange, el México conservador que recibe a los trasterrados. *Omnia*, Año 5(13-14), 1-10. doi:<http://www.posgrado.unam.mx/sites/default/files/2016/04/13-1409.pdf>
- Pilatowsky, M. (2014). El acercamiento de José Vasconcelos al nazismo y su dirección de la revista El Timón. (ITAM, Ed.) *Estudios*(110), 159-175. Obtenido de <https://biblioteca.itam.mx/estudios/110/000258487.pdf>
- Prewett, V. (1941). *Reportage on Mexico*. New York: Dutton. Recuperado el 19 de 12 de 2020, de <https://archive.org/details/in.ernet.dli.2015.77180>
- Rees, M. (1987). Warren Weaver 1894-1978, A Biographical Memoir. En N. A. Sciences, *Biographical Memoirs* (págs. 491-529). Washington D.C.: National Academy of Sciences.
- Ríos Molina, A. (2010). Indigencia, migración y lo cura en el México posrevolucionario. *Historia Mexicana*(4), 1295-1337.
- Rockefeller Foundation. (1941/02/18). Minutes from staff conference. En R. Foundation, *100 Years: The Rockefeller Foundation* (pág. 4). New York: 100 Years: The Rockefeller Foundation. Recuperado el 28 de 10 de 2020, de https://rockfound.rockarch.org/digital-library-listing/-/asset_publisher/yYxpQfel4W8N/content/minutes-from-staff-conferenc
- Rockefeller Foundation. (1945). *Annual Report*. Nueva York.
- Ruiz Marrero, C. (16 de 03 de 2012). *La vida y pasión de Henry A. Wallace*. Recuperado el 14 de 05 de 2019, de América Latina en movimiento: <https://www.alainet.org/es/active/53429>
- Saragoza, A. M. (1988). *The Monterrey Elite and the Mexican State, 1880–1940*. Austin: University of Texas Press. doi:10.7560/711136
- Sauer, C. (20 de 05 de 1944). *Letter from Carl O. Sauer to Joseph H. Willits*. Recuperado el 27 de 10 de 2020, de 100 Years: The Rockefeller Foundation: https://rockfound.rockarch.org/digital-library-listing/-/asset_publisher/yYxpQfel4W8N/content/letter-from-carl-o-sauer-to-joseph-h-willits-1944-may-20

- Sauer, C. O. (05 de 02 de 1941). *Memorándum sobre las ideas de Wallace para un programa en México*. Recuperado el 28 de 10 de 2020, de 100 años: The Rockefeller Foundation: https://rockfound.rockarch.org/digital-library-listing/-/asset_publisher/yYxpQfeI4W8N/content/memo-regarding-wallace-s-ideas-for-a-program-in-mexico
- Sauer, C. O. (13 de 06 de 1952). *Letter from Carl O. Sauer to Joseph H. Willits, 1952 June 13*. Recuperado el 28 de 10 de 2020, de 100 Years: The Rockefeller Foundation: https://rockfound.rockarch.org/digital-library-listing/-/asset_publisher/yYxpQfeI4W8N/content/letter-from-carl-o-sauer-to-joseph-h-willits-1952-june-13
- Schmidt Nedvedovich, S., & Velázquez Caballero, D. (2014). La judeofobia mexicana: raíces y consecuencias en la derecha política. *El Cotidiano*(185), 47-62. Recuperado el 02 de 02 de 2021, de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32530725005>
- Serrano-Bosquet, F. J., & Caponi, G. (junio de 2014). Warren Weaver: Valores cognitivos y perspectiva epistemológica del Experimental Biology Program de la Fundación Rockefeller. *Scientiae Studia*, Vol. 12(nº 2), Versión digital.
- Serrano-Bosquet, F. J., & Rivas-Sada, E. (2018). William J. Spillman. Teoría y práctica en la producción de trigo estadounidense. *Historia 396*, Vol. 8(1), 225-260. Obtenido de <http://www.historia396.cl/index.php/historia396/article/view/246/122>
- Shulgovski, A. (1972). *México en la encrucijada de su historia* (2a ed.). México: Ediciones de Cultura Popular.
- Sola Ayape, C. (2019b). "A por esos gachupines fascistas". El Popular de Lombardo Toledano y su ofensiva contra la Falange Española en México. *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, 58(julio-diciembre), 289-325. Recuperado el 10 de 02 de 2021, de <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ehm/article/view/70075>
- Sola Ayape, C., & De Gasperín Torres, F. (2020). La Guerra Civil española, una lección para México. Vicente Lombardo Toledano y su lucha contra el fascismo internacional. *Izquierdas*(49), 3817-3840. Recuperado el 28 de 01 de 2021, de <https://www.researchgate.net/publication/345015321>

- Stakman, E. C., Bradfield, R., & Mangelsdorf, P. C. (1967). *Campaigns Against Hunger*. Cambridge: Harvard University Press.
- Stakman, E., Mangelsdorf, P., & Bradfield, R. (1941/12/03). Recommendations of the Commission to Survey Agriculture in Mexico. From a Report Accented by the Board of Trustees of The Rockefeller Foundation, December 3, 1941. En R. Foundation, *100 Years: The Rockefeller Foundation* (pág. 3). New York: Rockefeller Foundation. Recuperado el 28 de 10 de 2020, de https://rockfound.rockarch.org/digital-library-listing/-/asset_publisher/yYxpQfeI4W8N/content/recommendations-of-the-commission-to-survey-agriculture-in-mexico
- Wallace, H. (29 de December de 1940b). Carta de Henry A. Wallace al Presidente Franklin D. Roosevelt. 5. Mexico D.F. Recuperado el 29 de 04 de 2019, de <http://digital.lib.uiowa.edu/cdm/ref/collection/wallace/id/20228>
- Wallace, H. A. (16 de 12 de 1940a). Carta de Henry A. Wallace a Cordell Hull. 22. Pátzcuaro, Michoacán, Mexico.
- Wallace, H. A. (22 de March de 1941a). Wallace in Mexico. Corn Growing South of the Border, as Seen by an Iowan. *Wallaces' Farmer*, págs. 1, 10 y 11. Recuperado el 24 de 04 de 2019, de <https://idnc.library.illinois.edu/?a=d&d=WAF19410222>
- Wallace, H. A. (22 de march de 1941b). Land Hunger in Mexico. Big Estates Are Broken Up to Give More Chance to Small Farmers. *Wallaces' Farmer*, págs. 5 y 18. Recuperado el 24 de 04 de 2019, de <https://idnc.library.illinois.edu/?a=d&d=WAF19410322>
- Wallace, H. A. (05 de 04 de 1941c). When You Go to Mexico. *Wallaces' Farmer*, págs. 5, 16 y 17. Recuperado el 24 de 04 de 2019, de <https://idnc.library.illinois.edu/?a=d&d=WAF19410405>
- Wallace, H. (julio 1940 - octubre 1941). *Correspondencia. Colección Henry A. Wallace [carrete 22]*. Iowa, IA: Universidad de Iowa. Bibliotecas. Departamento de Colecciones Especiales. Obtenido de Henry A. Wallace correspondence [reel 22], July 1940-Oct. 1941: <http://digital.lib.uiowa.edu/cdm/compoundobject/collection/wallace/id/20840/rec/1>
- Waterhouse, A. C. (2013). *Food and Prosperity. Balancing Technology and Community in Agriculture*. New York: The Rockefeller Foundation.

- Weaver, W. (March de 1961). Why Science is Important? *Nutrition Reviews*, 19(3), 65-68.
- Yankelevich, P. (2008). Los nazis en México. Juan Alberto Cedillo, México: Editorial Debate, 2007. *Estudios Interdisciplinarios De América Latina Y El Caribe*, 19(1), 159-163. Obtenido de <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/668>
- Zarate. (2018). Historia del trigo. *Historia agrícola*, 3(5), 23-78.